

LOS ANTIHOMBRES

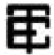
CLARK CARRADOS

colección ESPACIO

LOS ANTIHOMBRES

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones TORAY, S. A. - 1962

Depósito Legal: B - 12984 – 1962

Núm. de Registro: 1546 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre corría alocadamente en la oscuridad.

No sabía cuál era su rumbo; estaba completamente despistado.

Perdido en las tinieblas, sus pasos resonaban con sordos chasquidos contra el asfaltado de las calles.

Jadeaba por falta de aire. El corazón le percutía dolorosamente contra las costillas y las piernas se negaban a sostenerle en

ocasiones. El sudor le corría a chorros por la cara, formando menudos arroyuelos que luego iban a perderse por el interior de su vestimenta.

De súbito, un extraño zumbido sonó muy cerca de él. Se aplastó contra el hueco de una puerta cercana, tratando de fundirse con las sombras. En su mano derecha había una pistola de gran calibre.

Un extraño aparato pasó lentamente por el centro de la calle, suspendido a unos sesenta o setenta centímetros del suelo. En la parte superior del mismo se veían dos ojos redondos que derramaban una luz espectral sobre el pavimento.

Se tendió en el suelo, apuntando con el arma al artefacto. Demasiado sabía que si le veían sería fulminado en el acto por una descarga radiónica. Sus músculos se desharían en fibras y sus huesos quedarían pulverizados instantáneamente. Sin embargo, abrigaba la esperanza de poder disparar al menos una vez antes que sus enemigos.

¿Y qué?, se dijo. Mataría a uno, dos, cinco acaso, pero todavía quedaban millones y millones de ellos. ¿Qué ventajas prácticas conseguiría eliminando a unos cuantos de aquellos individuos?

El aparato se alejó sin verle. Sus ocupantes debían de estar muy distraídos, sin duda. De otra manera, deberían haberle detectado en el acto y en aquel caso estaría perdido.

Se puso en pie y reanudó su carrera en la oscuridad. La ciudad aparecía como muerta.

Cinco años atrás, Bruno Chain había emprendido un viaje a Urano, como capitán de la astronave «Flaminia». Al regresar, cubiertos los objetivos, se había encontrado con una situación totalmente inesperada en el planeta.

Cinco años atrás, la ciudad era un ascua estallante de luz por las noches. En el presente, no se veía por las calles ni siquiera la brasa de un cigarrillo.

Y, sin embargo, las casas estaban llenas de gente. Pero, muy posiblemente, Bruno Chain era el único que, a aquellas horas, diez de la noche tan sólo, estaba fuera de su domicilio.

No funcionaba ningún vehículo. Había muchos automóviles aparcados por las calles, eso sí; pero Bruno sabía perfectamente que ninguno de ellos funcionaría. Lo había intentado en dos o tres ocasiones, y en todas ellas con idéntico resultado negativo.

Por lo tanto, tenía que seguir corriendo si quería llegar al sitio que deseaba.

Lo malo era que, en la oscuridad, se había extraviado. Tenía cerillas en el bolsillo, pero no se atrevía a encender una para ver el lugar dónde se encontraba. Realizar tal gesto hubiera sido tanto como suicidarse.

Y él quería encontrar a una persona antes del alba. Si no lo conseguía, podía darse por perdido.

Pero en la oscuridad, todas las calles le parecían iguales. Unas más grandes que otras, más anchas, más estrechas, sinuosas o rectas, no apreciaba apenas diferencias entre ellas.

Llevaba ya una hora corriendo y todavía, calculaba, no había cubierto la tercera parte de su recorrido.

Bruno Chain era fuerte y robusto, pesaba unos ochenta y cinco kilos y era capaz de levantar un peso igual al suyo con una sola mano. Pero tenía en contra una enorme desventaja: había permanecido cinco años en una astronave y la falta de ejercicio físico se dejaba notar.

De pronto, al doblar una esquina, percibió el característico zumbido de aquellos aparatos de vigilancia.

Retrocedió. Entonces sonó otro zumbido a sus espaldas.

Esta vez sí podía considerarse descubierto. No debía confiar en tener la misma suerte que unos minutos antes. Había podido pasar desapercibido ante un aparato de vigilancia, pero era infantil suponer que podría burlar a dos no, a tres, porque otro venía por la calle transversal.

¡Y le era tan necesario hablar con aquella persona!

Los aparatos ganaron terreno. Por los zumbidos respectivos, Bruno calculó que se encontrarían en aquel cruce de calles. Posiblemente para intercambiar consignas o algo por el estilo. Pero de entre tres aparatos, alguno de sus ocupantes le detectaría.

Y entonces...

Vio las luces de uno, de dos... Retrocedió, la mano crispada en torno a la pistola, tanteando la pared con las espaldas.

Ahora eran claramente visibles las luces. No tardaría mucho en ser detectado. Y en cuanto sucediera tal cosa, Bruno recibiría la descarga mortífera.

De pronto, la pared cedió a sus espaldas. Estuvo a punto de caer

al suelo.

—Cuidado —dijo una voz sibilante.

Bruno se dio cuenta de que la persona que le había hablado era una mujer. Percibió muy cerca de él un débil aroma a hierbas y flores silvestres. La puerta se cerró silenciosamente.

—Deme la mano —dijo la mujer.

Bruno levantó la mano. Unos dedos tantearon los suyos y al fin le agarraron con suave firmeza.

—Venga. Despacio, no haga ruido. Los «hubots» también oyen.

—¿«Hubots»? —exclamó Bruno, atónito.

—Silencio, por favor.

Siguió a la mujer.

—Cuidado, hay una escalera.

Levantó el pie izquierdo. Subió una docena de peldaños. Al fin, la mujer se detuvo ante una puerta.

—Entre.

Cruzó el umbral. La oscuridad en el interior de la casa era doblemente intensa que en la calle. Afuera, al menos, tenía la luz de las estrellas. Allí no había ninguna.

Su rodilla tropezó con un mueble. Ahogó un gemido de dolor.

—Bien, ya está —dijo la mujer—. Quédese quieto.

Bruno esperó unos instantes. A pesar de todo, no se fiaba y mantuvo la presión sobre la culata de la pistola. De pronto oyó el chasquido de una cerilla y una llamita encarnada disipó las tinieblas que le rodeaban.

La mujer acercó la cerilla al pabilo de una vela. La luz era débil, pero en comparación con la oscuridad de unos segundos antes, deslumbraba y dañaba las pupilas.

—Ahí tiene un sillón. Siéntese y espere.

—Gracias —contestó Bruno.

Se sentía deshecho física y moralmente. Se derrumbó en el sillón, sin ánimos para otra cosa que no fuera respirar de modo irregular.

La mujer se llevó la vela consigo. Volvió minutos después con una botella y dos vasos. Llenó uno de ellos y se lo entregó.

—Beba —dijo—, esto le hará bien.

Bruno tomó un sorbo. Era vino y sabía agradablemente. El alcohol le tonificó bastante.

La mujer permanecía en pie frente a él, apoyada en la mesa próxima con una mano en tanto que la otra estaba sobre su cadera. Le miraba y él la miró también.

Era alta, de cabellos castaños que tenían reflejos dorados, rostro agradable y labios gruesos y sensuales. Tenía el pecho alto y firme, cintura delgada y caderas prominentes. Vestía una apretada blusa blanca sin mangas y una falda corta hasta medio muslo. No llevaba medias y su cabello estaba cortado muy corto, de una forma un tanto anticuada, a lo paje. Pero había en su rostro, de indudable belleza, un rictus de amargura y dureza que impresionó a Bruno de modo desfavorable. Era como si aquella mujer estuviese de vuelta de todo ya, como si nada le importase, como si odiase al mundo entero y el mundo entero la odiase a ella. Calculó su edad entre unos veinticinco y veintiocho años. No iba maquillada, aunque en tal caso, se dijo Bruno, el efecto visual aún hubiera sido mucho peor. Le dio la sensación de que aquella joven ejercía una profesión tan antigua como el mundo.

De todas formas, le había salvado.

—Gracias —dijo—. Me abrió usted la puerta en un momento muy oportuno, señorita...

—Señora Colman —respondió ella sosegadamente—. Frances Colman.

—Bruno Chain, ex capitán de astronave —se presentó él—. Su intervención resultó muy oportuna, señora Colman. Unos segundos más y esos tipos me hubieran detectado. ¿Cómo dijo que les llaman?

—«Hubots», capitán Chain —dijo Frances—. La palabra está compuesta de otras dos: humano y robot. Hay quien los llama antihombres, pero «hubot» es el término que ha hecho mayor fortuna.

—¿Cómo me vio usted? La calle está absolutamente a oscuras.

Frances Colman sonrió levemente.

—Hacía usted un ruido capaz de despertar a un difunto —dijo—. De modo que bajé a la calle para ayudarle.

—No todos hubieran sido capaces de hacer lo mismo, señora.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía ganas de desquitarme un poco de esos tipos —manifestó.

—Parece que no les tiene usted mucha simpatía.

—¿Y quién se la tiene, capitán?

Bruno terminó el contenido de su copa. Frances la llenó de nuevo.

—¿No tiene usted miedo de que descubran esa luz?

—No es eléctrica. Por otra parte, la ventana está bien cerrada. Es posible que detecten su calor, pero no les importa que dentro de una casa haya algo de luz, siempre que no se utilice fuera de ella ni se abra la ventana con esa luz encendida. Oiga —exclamó ella de repente—, ¿de dónde sale usted que hace tantas preguntas sobre los «hubots»?

Bruno volvió a beber. Durante unos instantes quedó pensativo.

—Regresé hace tres días de un viaje de cinco años a Urano —contestó—. Y entonces, esos tipos nos hicieron prisioneros, separándonos y aislándonos totalmente unos de otros. Yo pude escaparme… y me dirigía en busca de un amigo, cuando usted me salvó. No sé más de ello; hasta ahora no he recibido la menor explicación de lo que hacen esos seres en nuestro planeta… excepto lo que me dijo uno: «Obedecednos o moriréis de un modo terrible».

»Uno de mis tripulantes se sublevó. El «hubot», o como infiernos se llame, sacó una extraña pistola y disparó contra él. —Bruno se tapó los ojos con una mano—. Fue algo horrible. El desgraciado se disolvió en una especie de pasta sanguinolenta en un instante, sin tener tiempo siquiera de lanzar un grito. «Esto os servirá a todos de aviso», dijo el «hubot». Y eso es todo lo que sé… excepto que me escapé para ver a ese amigo.

Miró a la mujer.

—Cuénteme usted, señora Colman —dijo—. ¿Qué hacen aquí esos individuos, cómo vinieron, cómo se las arreglan para someter a esclavitud a cinco mil millones de personas…? ¿Qué es lo que sabe usted de todo este maldito asunto?

Ella inspiró con fuerza. Luego se sentó frente a Bruno, muy rígida, con las manos sobre las rodillas.

—No hay mucho que contar —expresó con voz impersonal—. Un buen día amaneció el cielo cubierto de naves espaciales. Hará de esto unos cuatro años. Era un espectáculo realmente fantástico. Nuestros aviones intentaron rechazarlas. Vano empeño.

»Los «hubots» deben poseer una civilización adelantadísima. En

un santiamén cortaron todas las fuentes de energía eléctrica de nuestro planeta. Los aviones que ya estaban en vuelo se estrellaron, los vehículos se pararon y los barcos que navegaban quedaron al garete. Todo el trabajo cesó en el acto, en la superficie del planeta.

»Se nos advirtió que debíamos obedecerles en todo, sin la menor protesta. Pese a todo, se hicieron varios intentos para rechazarles. Pero, ¿qué clase de esfuerzos podían realizarse, cuando solamente se disponía de fusiles y algunos cañones de percusión simple? Todas las armas que funcionaban eléctricamente habían quedado inutilizadas, de modo que cualquier resistencia estaba condenada de antemano al fracaso.

»Además, ya desde el primer día, apenas se hubo puesto el sol, cortaron todo suministro de energía eléctrica. Por lo tanto, no hay luz. Es inútil que cualquiera intente construir un generador; no le funcionará. Es inútil que se procure crear campos de fuerza negativa; ellos los detectan e inutilizan en el acto. Y pobre de aquél a quien descubren, capitán Chain; su muerte es instantánea, como la del tripulante de su nave.

—¿Y nadie más ha intentado rebelarse contra ese dominio? —preguntó Bruno, espantado ante el fantástico poder de aquellos seres.

—¿Quién iba a hacerlo? Es cierto que, al principio, hubo unos cuantos rebeldes que quisieron pelear contra los «hubots» —Frances sonrió con amargura—. Pero no eran más que locos y fracasaron miserablemente.

—Lo dice usted con mucha decepción, señora Colman —observó Bruno.

Ella se irguió en el asiento. Sus ojos llameaban.

—Mi marido fue uno de esos locos. Hacía un año que nos habíamos casado. Murió, claro.

—Lo siento —murmuró Bruno.

Hubo una pausa de silencio. Después, ella continuó:

—Por otra parte, durante el día, la vida sigue normal. Es decir, todo lo normal que puede ser cuando se sufre durante la noche una interrupción tan radical. Nuestra civilización está construida sobre unas bases tales que el trabajo no puede interrumpirse. No se puede encender y apagar un alto horno a diario como si se tratase de una simple lámpara. Los hospitales necesitan luz continua a todas horas.

Y así muchas más cosas que harían interminable su enumeración.

»Consecuencia: al cabo de cuatro años de ocupación, empezamos a resentirnos ya del dominio que los «hubots» ejercen sobre nosotros. Empiezan a escasear algunos bienes de consumo y otros ni siquiera se producen ya. Ha aparecido el mercado negro y se ha producido más de una revolución, dictada por el hambre que ya reina en algunos lugares. Pero eso les importaba muy poco a los «hubots» que dominan la situación.

—Sin embargo, lo que no acabo de entender es por qué están en la Tierra y por qué no se marchan. ¿Es que piensan quedarse para siempre? ¿O quizá es que en cuatro años no han conseguido todavía lo que deseaban al llegar aquí?

Frances hizo un gesto despectivo.

—¿Quién puede decirlo? Lo único que se sabe positivamente es que se han llevado ya a más de cincuenta millones de personas de todas las razas y clases.

—¿Adónde?

—Con ellos, es todo lo que puedo decir.

—¿Y no ha vuelto ninguna de esas personas?

—Algunas, muy pocas. Y las que han vuelto eran unas ruinas físicas y morales, que morían a los pocos días de su regreso. De las demás, no se ha vuelto a tener la menor noticia.

—Pero, ¡eso es terrible!

Frances sonrió agriamente. El rictus de dureza no se borraba de su rostro.

—Sí, pero no podemos evitarlo. En cualquier momento pueden venir a buscarme a mí… o a usted, y se nos llevarían con ellos Dios sabe dónde.

Bruno acabó el vino de su vaso.

—No hay nadie en este mundo totalmente poderoso ni invencible en el sentido absoluto de la palabra. Un día u otro acabarán por ser derrotados y entonces esa plaga de «antihombres» será barrida de la faz del planeta.

—Su fe es admirable, capitán —Frances sacudió la cabeza—, pero yo no la comparto. Simplemente, me resigno con mi suerte.

Bruno miró en torno a él. La estancia era modesta, pero amueblada con gusto. Había un gran diván en uno de sus extremos, y por la puerta abierta que había al otro lado, se veía la entrada de

una cocinilla. Más a la derecha había otra puerta que Bruno supuso la del dormitorio de la joven.

Ella captó sus miradas.

—Se quedará esta noche aquí, conmigo, capitán —dijo—. Mañana por la mañana, podrá dirigirse a donde iba. Funcionarán las aceras deslizantes, el ferrocarril subterráneo, los automóviles… Pero al llegar la noche, todo el mundo huye y se esconde en sus domicilios, temeroso de ser descubierto por las patrullas de vigilancia de los «hubots». Todo aquel que es descubierto, muere fulminado en el acto.

—Usted no les tiene miedo —manifestó Bruno.

—No —contestó ella—. No les tengo miedo… y no creo tampoco que me hagan nada.

—¿Por qué?

—Permítame que me reserve la respuesta, capitán —contestó ella enigmáticamente. Se puso en pie—. Le traeré una manta y una almohada para que duerma en el diván. Es cómodo.

Bruno la miró intencionadamente. Ella se puso rígida.

—Capitán —dijo con lentitud—, después de la muerte de mi marido, es usted el primer hombre que cruza el umbral de mi casa.

Bruno se puso tan rojo como una guinda, pero no dijo nada.

Frances volvió después con una manta y una almohada. Preguntó:

—¿Sería demasiada indiscreción por mi parte conocer el lugar de destino de su viaje nocturno, capitán?

—No. Iba en busca de un amigo mío, el profesor Jan Van der Veydn.

Bruno creyó que la joven había hecho un gesto de sorpresa.

—¿Le conoce usted? —preguntó.

Ella movió la cabeza.

—No, jamás he oído hablar de él.

Pero Bruno captó en su voz una nota falsa.

—Está bien —dijo—. Gracias por su hospitalidad, señora Colman.

—Quédese con la vela —dijo ella—. Yo tengo otra en mi dormitorio.

Y se marchó, dejándole solo.

Bruno colocó la vela sobre una silla, junto al diván. Se quitó los

zapatos y se tendió, estirando voluptuosamente los miembros.

Estaba cansado y quería dormir. Buscó en sus bolsillos y encontró tabaco. Encendió un cigarrillo en la llama de la vela y luego sopló, quedándose a oscuras.

Extraña mujer la tal Frances, pensó. Y más extraño aún su modo de comportarse. Llevaba tres días en la Tierra y tenía la seguridad de que tal como se habían puesto las cosas, nadie se hubiese arriesgado a darle cobijo con aquellos seres patrullando por el exterior.

¿Por qué lo había hecho ella? ¿Qué oscuros motivos la habían impulsado a actuar de aquella manera?

Recordó su gesto de sorpresa al mencionar el nombre del profesor Van der Veydn. Mentía claramente al decir que no le conocía; eso se advertía a simple vista. Pero, entonces, ¿por qué negar un hecho evidente?

Apuró el cigarrillo y lo dejó en la palmatoria. Rió sarcásticamente en la oscuridad. He aquí, se dijo, un anticuado artefacto que ha tenido que ser utilizado de nuevo, todo ello por obra y gracia de los «hubots»...

Se quedó dormido sin darse cuenta. Y se despertó cuando ya era de día.

Mejor dicho, le despertaron unas voces que sonaban muy cerca de él.

Una de ellas era la de Frances. Las otras, metálicas, estridentes, salían de los labios de los «hubots».

—Sí, está aquí —dijo Frances.

CAPÍTULO II

Chain se sentó de golpe en el diván, completamente despejado en un instante. ¡Los «hubots» estaban allí! No quería seguir prisionero de ellos. Cualquier cosa era preferible antes que...

Soltó una exclamación de rabia al comprobar que su pistola le había desaparecido. En aquel momento, cuatro «hubots» penetraban en la estancia, siguiendo a la dueña de la casa.

El brazo de Frances se tendió hacia él.

—¡Ése es! —dijo secamente.

Dos pistolas radiónicas se encararon en el acto contra Bruno.

—No se mueva, capitán Chain —dijo uno de los «hubots».

Bruno sabía reconocer cuándo había perdido. Se puso en pie lentamente.

—Está bien —dijo—. No disparen, me rindo.

Dos de los «hubots» se le acercaron, esposándole las manos. Bruno los contempló, sumido en un sombrío silencio.

Volvió a mirarlos una vez más.

Aquellos hombres, mitad humanos, mitad mecánicos. ¿Dónde acababa lo natural y dónde empezaba lo artificial?

En lugar de pelo llevaban un casco metálico brillante. Sus

articulaciones eran flexibles por completo, pero en los lugares carentes de juego, antebrazos, muslos, pecho, caderas, etcétera, la carne había sido sustituida por placas metálicas conformadas, no obstante, de acuerdo con la anatomía humana.

Vestían someramente: un pantalón muy corto de un tejido brillante, metálico, color gris, y una blusa sin mangas apenas, de la misma tela, y color rojo vivo, llevando en el pecho, al lado izquierdo, unas insignias en negro y gris, distintivos de sus respectivas categorías. En torno a la cintura llevaban una ancha banda metálica de color negro, de la cual pendían, por el lado derecho, la funda con la pistola radiónica y en el opuesto, una pequeña bolsa del mismo material. La bolsa era cuadrada y alargada, con unos botones de control en la parte exterior.

El rostro era enteramente humano, aunque por el brillo de las pupilas pareciera que sus ojos fuesen artificiales. Pero era una faz descolorida, inexpresiva, incapaz de reflejar ninguna clase de sentimiento.

—Perfectamente —dijo el «hubot» que mandaba la patrulla. Bruno se fijó en sus distintivos: una estrella negra de cuatro puntas, fileteada de gris acero—. Gracias por su aviso, señora Colman. Aquí tiene su recompensa.

Y le entregó un grueso fajo de billetes. «Por otra parte, la vida sigue normal», había dicho la noche anterior. Sí, completamente normal, con traidores y soplones, como en todas las épocas de la Humanidad.

Una vena latió repentinamente en su sien. Se hubiera arrojado contra Frances y la hubiese estrangulado allí mismo.

¡Bah! ¿Para qué llevarse un mal rato? No se lo merecía, ciertamente.

Los «hubots» que le habían esposado, le empujaron hacia la puerta. Se detuvo un instante frente a la joven. La miró de frente.

Estuvo así un instante. Luego habló:

—Anoche dijo usted que yo era el primer hombre que entraba en su casa después de la muerte de su marido. —Sonrió insultantemente—. Yo opino que eso es una mentira descarada. ¿Sabe usted cuál es el nombre que se les da a las mujeres como usted?

Frances palideció hasta que su rostro hubo adquirido el color de

la nieve. Incluso la sangre refluyó de sus labios.

—¡Perra! —dijo Bruno. Y la escupió al rostro.

Ella cerró los ojos, sin hacer el menor ademán por limpiarse la cara. Dejó los brazos lacios a lo largo de los costados, respirando convulsivamente, con las manos crispadas.

—Vamos —dijo el jefe de la patrulla—. Una vez más, gracias por su aviso, señora Colman.

—No hay de qué —respondió Frances en voz baja.

Bruno y sus captores salieron a la calle.

Afuera había un vehículo de los que usaban los «hubots» para desplazarse en el interior de la atmósfera terrestre. Era ahusado y parecía un submarino en pequeño, con una diminuta cúpula en su parte superior central. Sus dimensiones eran de unos seis metros de largo por tres de grueso hacia su mitad. En la cúpula superior se veían seis orificios circulares de unos veinticinco centímetros de diámetro, espaciados a intervalos regulares. El metal del extraño artefacto, que carecía de ruedas, era blanco y muy brillante.

Los transeúntes le miraron curiosamente al cruzar la acera, aunque ninguno de ellos se detuvo ni tampoco hizo el menor gesto de hostilidad contra los «hubots». Empujado por éstos, Bruno entró en el aparato por una escotilla situada en uno de los costados del mismo.

Un «hubot» le indicó un asiento. Dentro del vehículo había hasta ocho asientos en dos filas. En la parte delantera se hallaba el puesto del conductor, ligeramente más alto que los restantes sillones.

Había un hombre ya ante los mandos. El jefe de la patrulla le dio una orden, emitida en un idioma extraño y chirriante y, al momento, Bruno sintió que el aparato ganaba altura con suavidad y rapidez a un mismo tiempo.

Las paredes del vehículo eran opacas, por lo que no pudo ver el panorama circundante. Se dio cuenta de la gran velocidad del aparato por la inercia que le empujaba hacia atrás, pero el trecho a recorrer no fue muy largo. Apenas quince minutos después, el vehículo empezó a refrenar su marcha, a la vez que perdía altura.

Unos momentos después, el vehículo se detenía. La escotilla se abrió y Bruno fue invitado a salir.

Quedó en el suelo, rígido, con las manos esposadas delante. Miró inexpresivamente el conjunto de edificios que tenía frente a sí.

Los edificios eran de forma prismática hexagonal, rematados por sendas cúpulas esféricas. Eran una docena en total, de distintos tamaños, distribuidos de forma que parecía caprichosa y arbitraria, pero que, sin duda, según pensó Bruno, debían obedecer a un plan ya establecido de antemano.

Eran del mismo metal que el vehículo y, salvo las puertas en su base, no se advertía en ellos ninguna otra abertura. En el gran patio central, enmarcado por el conjunto de edificaciones, había numerosos aparatos voladores, idénticos en todo al que le había transportado hasta aquel lugar. Los «hubots» abundaban igualmente y permanecían en actitud pasiva, charlando indiferentemente. El rumor producido por el conjunto de sus voces semejaba el de mil grillos chirriando a la vez.

—Camine, capitán —dijo el jefe de la patrulla.

Bruno echó a andar. Los «hubots» le condujeron hacia uno de los edificios, ante cuya puerta se veían dos individuos armados con fusiles radiónicos. Uno de ellos habló con el jefe de la patrulla y éste le contestó brevemente. Entonces el centinela les permitió el paso.

Mientras caminaba, Bruno no dejaba de observar el terreno que pisaba. Al entrar en el edificio, se halló en un gran vestíbulo hexagonal que llegaba, según calculó, hasta la base de la cúpula, o sea donde se acababa el prisma propiamente dicho. Cada cara interior del prisma disponía de una puerta ante la cual había igualmente un centinela fuertemente armado.

Bruno frunció el ceño. «Uno de los axiomas fundamentales en la lucha contra cualquier enemigo —se dijo—, es conocer su punto o puntos débiles. Y estos tipos deben tener uno al menos, porque, de lo contrario, ¿para qué tantos hombres armados?»

Los «hubots» le condujeron hasta la tercera puerta, contando desde la derecha a partir de la entrada. El jefe de la patrulla habló brevemente con el centinela, al igual que en la ocasión anterior.

El centinela asintió. Luego, volviéndose, pulsó un botón y la puerta se deslizó a un lado.

—Entre —dijo el «hubot».

Bruno obedeció.

—Vuélvase.

Giró sobre sus talones. Uno de sus captores le soltó las manos.

Acto seguido retrocedió.

La puerta se cerró bruscamente, dejando a Bruno encerrado en un cubículo apenas mayor que un ataúd puesto de pie. Antes de que pudiera realizar el menor movimiento de protesta, el ataúd descendió bruscamente.

El descenso duró veinte segundos escasos, al cabo de los cuales el aparato se detuvo.

Una puerta se descorrió en el lado opuesto.

—Salga —dijo alguien a través de un altoparlante.

Bruno dio dos pasos hacia adelante, encontrándose en una habitación de tres metros de lado, cuadrada, desnuda de todo mueble, excepto de algo que parecía un diván y que ocupaba todo uno de los lados de la pieza, la cual estaba sumida en una vaga semipenumbra, suficiente, sin embargo, para apreciar los detalles de las cosas.

—Espere —dijo la voz.

—Bueno —murmuró Bruno filosóficamente—; al menos, no me han rebanado el pescuezo... por ahora.

Se sentó en el diván y encendió un cigarrillo. La puerta del ascensor se había cerrado en silencio. El tiempo empezó a pasar lentamente.

Bruno calculó que llevaría ya seis horas en aquel lugar sin que nadie, hasta aquel momento, hubiera dicho nada respecto a su suerte. Aburrido y hastiado, había incluso descabezado un sueñecillo y el suelo estaba cubierto de colillas en torno a él, pero el silencio, un silencio hondo, pesado, deprimente, continuaba en torno a él lo mismo que en el momento que había entrado en la pieza.

Empezó a ponerse nervioso. ¿Qué diablos pensaban hacer con él? ¿Por qué aquel encierro tan prolongado?

—Y nadie se acuerda de darme un pedazo de pan siquiera —refunfuñó, recordando que ni siquiera había tenido tiempo de desayunar.

Relacionó el desayuno con Frances Colman. Las mandíbulas se le juntaron repentinamente.

—¡Esa pécora! —barbotó, presa de un repentino ataque de ira.

Para calmar sus nervios, se puso en pie y empezó a pasearse por la estancia. Pero el espacio era demasiado pequeño para conseguir

algún efecto y, por consiguiente, a los cuatro paseos, se vio obligado a sentarse de nuevo en el diván.

De repente se abrió la puerta. Un hombre penetró en la estancia tambaleándose de tal forma, que cayó de bruces al suelo, antes de que Bruno hubiera podido socorrerlo.

El hombre resollaba estertorosamente y parecía hallarse en muy mal estado. A pesar de ello, sus ropas estaban limpias y no parecía haber sufrido ningún daño físico.

Bruno se precipitó hacia el individuo. Cogiéndolo en brazos, lo transportó hacia el diván, depositándolo tendido sobre el mismo.

—¿Qué le sucede, amigo? —inquirió. El hombre abrió los ojos. Tenía el rostro brillante por la transpiración y sus pómulos estaban tan afilados que parecían iban a rasgar la piel de las mejillas en cualquier momento.

—Me... me muero —dijo.

Bruno respingó.

—Vamos, amigo, no bromee. Está mal, pero la cosa no es para tanto. ¿Qué le han hecho esos tipos?

Los ojos del hombre se reanimaron unos instantes. Su mano derecha buscó la de Bruno y se la oprimió con fuerza.

—¿Co... cómo se llama usted, amigo? —preguntó.

—Bruno Chain —contestó el joven.

—Su... su nombre me suena —jadeó el hombre—. Sí... usted era capitán de astronave, ¿no es cierto?

—Así es. O era, mejor dicho —se corrigió Bruno—. Pero, ¿qué le ha pasado?

—Esos... malditos... Me han sacado el jugo cuanto han podido y ahora... ahora que ya no les sirvo para nada... me tiran a un lado como un limón chupado...

Bruno se dio cuenta de que el hombre era relativamente joven, unos treinta y cinco años, aproximadamente, pero que parecía tener el doble de la edad debido a los intensos padecimientos psíquicos a que, indudablemente, debía haber sido sometido por los «hubots».

El pensamiento de que él mismo podía ser sometido a un tratamiento semejante, cuya finalidad ignoraba por completo, le aterró. Procuró extraer al hombre toda la información posible.

—¿Qué le han hecho los «hubots»? ¿Por qué le han maltratado tanto?

La respiración del hombre se hacía más ruidosa a cada segundo que transcurría.

—Yo… yo fui uno de los primeros en su… sublevarme contra su maligno poder… Mis compañeros, los que murieron en el acto… fueron mucho más afortunados que yo… Ojalá hubiese muerto entonces…

El individuo calló. Era evidente que sus fuerzas físicas tocaban a su límite. El sudor le corría a chorros por el rostro emaciado y falto de coloración.

Poniéndole una mano sobre el pecho, Bruno pudo percibir el acelerado bataneo de un corazón moribundo. El ritmo, sin embargo, era muy irregular y en ocasiones se detenía de tal forma que Bruno creyó iba a morir en cualquier instante.

—Escuche… No deje que esos individuos… se lo lleven… Péguese un tiro antes… Es más rápido y… sobre todo, se padece menos. Yo…

Se convulsionó súbitamente, cerrando los ojos. Bruno creyó que habría muerto. Pero volvió a abrirlos instantes después.

—Me… me hubiera gustado ver… a mi es… posa antes de morir…

—¿Cómo se llama? —preguntó Bruno. El moribundo no pareció haberle oído.

—He… he estado muy lejos… de la Tierra, sirviendo a esos criminales… He realizado varios viajes por el espacio, una docena, creo… Era muy fuerte… de lo contrario, no hubiera resistido tanto… Lo corriente es morir antes del sexto viaje… —Miró un instante a Bruno con turbias pupilas—. Usted también es fuerte… Resistirá diez, doce viajes… y al final se verá como yo… arrojado a un lado… como una fruta exprimida… Ése… es el premio que… recibimos después de la gran labor que realizamos… con los «hubots»…

Las fuerzas le fallaban al moribundo. Sus ojos se vidriaban.

—Escuche… capitán Chain… Si… un día tuviera suerte de salir de… de este infierno… vaya a ver a… a mi esposa… Dígale que debí haber seguido sus consejos… pero que, de todas formas, espero que mi esfuerzo haya servido para conservarle a ella la vida…

—¿Cómo se llama usted, amigo? Dígame su nombre —le apremió el joven.

El agonizante volvió el rostro hacia Bruno.

—Sam… Sam Colman. Mi esposa se llama Frances y vive en…

La cabeza de Colman se dobló a un lado de pronto. Su respiración cesó en el acto.

Bruno se puso en pie, estupefacto por la increíble revelación de que acababa de ser objeto.

Pero no tuvo mucho tiempo de asombrarse. Apenas un segundo después de que Colman hubiera muerto, uno de los muros de la habitación se deslizó a un lado y cuatro o cinco hombres irrumpieron en ella violentamente.

CAPÍTULO III

A la cabeza de los «hubots» iba un individuo en cuyo pecho se veían dos estrellas negras. El «hubot» señaló a Colman con la mano y emitió una orden colérica.

Dos «hubots» cargaron con el cuerpo de Colman y salieron por la puerta, desapareciendo al momento de la vista del joven. Entonces, el jefe se dirigió a Bruno.

—Le ruego nos dispense, capitán Chain —manifestó inexpresivamente—. Se ha cometido un error, un terrible error, que nosotros somos los primeros en lamentar. Espero que usted sabrá disculparlo y... —añadió con intención —... olvidarlo.

Bruno miró al individuo.

—Es un poco difícil olvidar lo que uno acaba de ver —respondió.

—Usted lo olvidará, capitán —gruñó el «hubot».

—¿Seguro? —rió Bruno—. No parece usted demasiado tranquilo, ¿verdad? ¿Cuál es su categoría y nombre, por favor? ¿O les está prohibido facilitar detalles tan sencillos?

—Llámeme teniente Siete Ka —contestó el «hubot». Miró hacia atrás recelosamente—. Éstos son recién llegados a su planeta y no han tenido tiempo todavía de aprender su idioma. Puede hablar,

pues, con toda confianza.

—Está bien —resolvió Bruno—. Pero, ¿de qué voy a hablar, teniente? ¿De la muerte de Sam Colman?

Siete Ka se estremeció.

—Olvídelo, capitán, se lo ruego. Si esto se supiera, sería mi ruina.

—Muy bien, pero ¿qué me da usted a cambio? En determinadas circunstancias, cuando se pide un favor, debe estarse dispuesto a corresponder en forma adecuada, ¿no cree?

Bruno hablaba con firmeza. Se daba cuenta de que Siete Ka había cometido un gravísimo error al introducir a Sam Colman en la pieza y que tenía un miedo espantoso a las consecuencias. Y se dijo que sería un tonto y un estúpido si no se aprovechaba de tan afortunada circunstancia por lo que se dispuso a hacerlo.

Siete Ka volvió a mirar recelosamente en torno a él.

—Ahora debo conducirle a presencia de un personaje muy importante, capitán. No puedo ser más explícito, pero sí le prometo hacer en favor suyo todo cuanto pueda. ¿Satisfecho?

—Si es usted sincero, sí, desde luego. ¿Qué me van a hacer ahora?

—Lo verá muy pronto, capitán. Recuerde, por favor, silencio sobre este incidente. Le aseguro que no le pesará.

—Conforme —respondió el joven, justo en el momento en que se abría de nuevo el panel por donde habían irrumpido aquellos individuos.

Siete Ka habló a sus acólitos brevemente. Éstos asintieron y tomaron a Bruno por los brazos.

—Síganos, capitán —manifestó el oficial—. Le prometo que no queremos hacerle daño alguno.

Bruno pasó al otro lado del panel, el cual se cerró en el acto. El suelo ascendió rápidamente, deteniéndose al cabo de unos momentos.

Un muro se deslizó a un lado.

—Entre, capitán —dijo Siete Ka. Pero él quedó dentro del ascensor.

Bruno cruzó el umbral, sintiendo que el panel se corría nuevamente. Miró en torno a él, examinando la amplia habitación en que se hallaba.

Era una pieza de diez metros de lado por seis o siete de ancho. Uno de sus muros era un ventanal que permitía una vista completa de lo que había al otro lado. Junto al ventanal había una mesa y varios cómodos sillones. En el lado opuesto, algo que parecía un enorme fichero y una especie de cuadro de mandos.

Una puerta se abrió de pronto.

Bruno miró hacia el hombre que entraba en la pieza. Era un «hubot» como todos los demás, de aspecto inexpresivo, cosa que le hizo preguntarse cómo se las arreglarían aquellos seres para diferenciarse fisonómicamente unos de otros, puesto que todos los rostros parecían idénticos.

Debía ostentar un rango muy elevado, a juzgar por su vestimenta y sus insignias. El «slip» era igual al de los restantes «hubots», pero la blusa era gris acero y llevaba las divisas en los hombros, en lugar de sobre el pecho. Las divisas consistían en dos estrellas de cinco puntas filares, verdes, con vivo de color rojo. El cinturón era verde asimismo. Extendió una mano.

—Siéntese, capitán Chain —dijo—. Soy, en lengua terrestre, el general Ce Tres.

—Gracias, general —contestó el joven, obedeciendo. Esperó a que Ce Tres siguiera hablando.

—Fue usted un hombre muy hábil al evadirse de nuestros servicios de vigilancia —dijo el «hubot». Sonrió levemente—. Pero, como ha podido apreciar, nuestros servicios de información funcionan perfectamente. Su localización, por tanto, ha resultado cosa sencilla.

—Sí, claro; en todas partes hay traidores a su propia raza —contestó Bruno sin inmutarse.

Ce Tres permaneció impasible.

—Se sorprendería usted si supiera la cantidad de humanos que nos ayudan. Como es comprensible, guardamos sus nombres en el más estricto secreto. No queremos represalias contra ellos.

—Desde luego.

—Su fuga estuvo a punto de crearnos una serie de graves trastornos —siguió Ce Tres—, afortunadamente resueltos gracias a la intervención de la señora Colman. Realmente, hacía tiempo que no disponíamos de un hombre de sus características, capitán Chain. Usted puede sernos muy valioso.

—¿Se da cuenta, general —dijo Bruno—, de que, moralmente, me siento obligado a desechar cualquier proposición que se me haga encaminada a convencerme de que debo colaborar con ustedes?

Ce Tres volvió a sonreír.

—Todos dicen lo mismo, pero todos, también, acaban por servirnos. —Su tono se hizo estridente de pronto—. Por las buenas o por las malas; conviene que no olvide extremo tan importante, capitán.

—Soy su prisionero, general. Sólo trabajaré para ustedes a la fuerza. Conviene que esté advertido de ello para que, más tarde, no se lleven alguna sorpresa desagradable.

—En todo caso, la sorpresa sería para usted, capitán —respondió Ce Tres sin inmutarse—. Bien, pasemos a lo importante y dejémonos de amenazas mutuas.

Ce Tres tomó unos documentos de encima de su mesa. Bruno se dio cuenta de que no eran de papel, sino de metal muy delgado, ligero y brillante por la parte inferior, aunque mate por el anverso. El «hubot» leyó atentamente los documentos durante unos minutos y luego se enfrentó con el joven.

—Capitán, a partir de pasado mañana a las nueve, acudirá usted diariamente a la Escuela de Readaptación Psíquica. Quizá no lo sepa, pero le conviene enterarse. En los tres días que estuvo prisionero, se le hicieron numerosas pruebas psicotécnicas, todas las cuales dieron un resultado óptimo. Su pase por esta Escuela es la fase final de esas pruebas.

—¿Y después?

—Lo sabrá usted al terminar el curso, capitán —sonrió Ce Tres con aire sibilino—. Mientras tanto, le entregaré su señalizador individual.

Ce Tres se puso en pie, dirigiéndose hacia el enorme mueble archivo. Antes de abrir uno de sus cajones, manipuló unos instantes en el cuadro de mandos adjunto.

Volvió momentos después con un extraño objeto en las manos. Era una cajita muy brillante, del tamaño de un paquete de cigarrillos y de la mitad de su grosor, de la cual pendían unas finas correas hechas del mismo material.

—Desnúdese el torso, capitán —ordenó Ce Tres.

Bruno obedeció. Entonces, el general se le acercó, colocándole la cajita en el costado izquierdo, entre la cadera y la axila. Le colocó luego las correas, ajustándolas suavemente al tórax del joven. Al terminar, pegó un ligero golpecito a la cajita recién colocada.

Bruno respingó al sentir en su carne media docena de pinchazos simultáneos. Oyó la risita de Ce Tres.

—Me parece que es usted demasiado humano, general —dijo.

—Gracias por el elogio, Chain —respondió el «hubot»—. Pero sirvo fielmente a mi pueblo, conviene que lo tenga en cuenta.

Se retiró a un lado.

—Vístase, capitán.

Bruno se colocó la camisa y luego una especie de blusa de manga larga que solía usar en tierra. Miró a Ce Tres.

—A partir de este momento —dijo el «hubot»—, no podrá usted desprenderse de ese aparato bajo ningún concepto. Resiste perfectamente el agua, de modo que podrá bañarse cuando lo desee. Como habrá comprobado, le permite una entera facilidad de movimientos. Pero si intentase quitárselo, resultaría fulminado por una descarga radiónica que desharía su carne y sus huesos en una décima de segundo.

—¿Qué objeto tiene este aparato? —preguntó el joven.

—Sencillamente, controlarle. Conocer en cualquier momento dónde se encuentra, capitán.

—¿Y también lo que hablo?

—No. Nos conformamos, simplemente, con tenerle localizado en todo instante. Pero si sintiera usted veleidades de fuga, lo sabríamos en el acto.

—En suma, que acaban ustedes de sujetarme a una abyecta esclavitud, general —dijo el joven aceradamente.

—Llámelo como quiera, Chain. A nosotros nos es indiferente.

—Muy bien. Por el momento, pues, me resigno a obedecerles. Pero no puedo darles mi palabra de que en el momento que crea conveniente no me rebele contra ustedes.

Ce Tres sonrió con suficiencia.

—No lo hará usted, capitán. Nosotros perderíamos un hombre valioso, indudablemente; pero usted perdería la vida. Ésa es la elección que le dejamos.

—No hay mucho donde elegir —refunfuñó el joven—. ¿Dónde

diablos está esa Escuela de Readaptación Psíquica?

—Aquí, en este mismo centro. A las ocho y media, todos los alumnos se reúnen en la que ahora se llama Gran Plaza del Universo. Varios vehículos los transportan hasta la Escuela, en la cual permanecen hasta las cinco de la tarde. Después, el tiempo es libre para ustedes.

—No queda mucho —gruñó Bruno.

—Bueno, también les dejamos el fin de semana. En todo lo que podemos, procuramos respetar las costumbres terrestres. No lo olvide, capitán; pasado mañana a las nueve, deberá estar en la escuela. De lo contrario, una patrulla nuestra sabría localizarlo enseguida y traerlo aquí. Ya no volvería a salir más... hasta que nosotros juzgásemos terminado el periodo de adaptación.

—¿Significa eso que estoy libre? —preguntó Bruno con no poco asombro.

Ce Tres oprimió un botón.

—Exactamente, capitán. Como puede ver, no somos malos del todo. En lugar de hacerle comenzar mañana mismo el curso, le dejo un día entero libre. Calculo que, después de cinco años en el espacio, tendrá algunos asuntillos particulares que resolver.

Bruno apretó los labios.

—Sí —pensó en Frances—, uno muy importante. Gracias, general.

—No hay de qué, capitán Chain. El teniente Siete Ka le acompañará hasta la salida. Ah, y no se olvide de una regla muy importante: no se le ocurra otra vez circular de noche por las calles. Las patrullas son implacables con cualquiera que no pertenezca a nuestra raza.

—Creo que ya me he dado cuenta de ello, general —respondió el joven impasible—. Adiós.

—Adiós.

Bruno giró sobre sus talones. Siete Ka le esperaba en la puerta del ascensor.

Al quedarse solos, Bruno quiso hablarle; pero el «hubot» se puso los dedos sobre los labios.

—Aquí no, por favor. Ya iré yo a verle a usted. ¿Dónde se aloja?

Bruno meditó unos instantes.

—En el Hotel Astor-Selene.

—Bien, acudiré allí en cuanto pueda. ¿Le ha dicho algo al general acerca de Sam Colman?

—No. En absoluto.

—Ustedes nos odian a los «hubots» —dijo Siete Ka pesarosamente—. Tienen motivos para ello, pero le aseguro que no somos tan malos como parecemos.

—No me dore la píldora, Siete Ka —contestó Bruno en tono agrio—. Usted me ayuda porque le conviene; de otro modo, le importaría un rábano lo que me sucediera.

La puerta del ascensor se abrió y los dos salieron al vestíbulo del edificio. Siete Ka le acompañó hasta la puerta, ante la cual se hallaba uno de aquellos vehículos.

El oficial habló brevemente con unos «hubots». Éstos asintieron y se echaron a un lado para que el joven pudiera pasar al interior del vehículo.

Siete Ka miró a Bruno significativamente.

—Adiós, capitán —dijo.

—Adiós —respondió él.

Media hora más tarde, el aparato le dejaba en la puerta del Hotel. Bruno consultó la hora.

Pronto anochecería y le sería imposible circular por las calles. Lo mejor que podía hacer era refugiarse en el hotel y meditar un posible plan de acción.

—Por supuesto —soliloquió—, no pienso estarme quieto. Algo tengo que hacer… pero no puedo dar un paso sin antes ver al profesor Van der Veydn.

Entró en el hotel y pidió una habitación, pagando una semana por adelantado. Pidió un cheque en blanco y estampó en el mismo sus huellas dactilares, que más tarde serían confrontadas en el banco. Escribió en el mismo una cifra: cinco mil «eurodólares».

—Esto cubrirá los primeros gastos —dijo al recepcionista—. Haga que me suban ropa limpia y buena. Y también una cena abundante; en todo el día no he probado bocado.

—Sí, señor. —El recepcionista miró el nombre escrito y se asombró—. ¡Capitán Chain!

—¿Me conoce usted? —preguntó el joven.

—La prensa habló mucho de usted últimamente. Decían que era el último capitán de astronave que quedaba en el espacio y se

preguntaban a qué obedecía su retraso.

—Se nos averió un chorro al pasar a la altura de Marte y luego la radio dejó de funcionar, eso fue todo.

—Me alegro de que esté bien, capitán. Le subirán a su habitación las ropas en pocos minutos.

—Gracias —contestó el joven.

El recepcionista cumplió su palabra. Con las ropas llegó también una suculenta cena, que el joven atacó con singular apetito, después de casi veinticuatro horas de no probar bocado.

Más tarde se bañó. Mientras se desperezaba en el agua caliente, pensó en la serie de vertiginosos acontecimientos de los que había sido protagonista en el poco tiempo que llevaba en el planeta.

Su prisión y fuga subsiguiente, el encuentro con Frances Colman y luego la traición de la mujer; su segunda prisión, la muerte de Sam Colman, el pánico de Siete Ka, el diálogo con Ce Tres…

Eran demasiadas cosas para digerirlas en pocos momentos. Lo único que sabía era una cosa: que cinco mil millones de personas eran prisioneras de una raza cruel, implacable y supercivilizada.

¿Cómo deshacerse de los invasores? Pero si no sabía exactamente lo que éstos pretendían. No, antes de hacer nada era imperativo enfrentarse con el profesor Van der Veydn. Éste había sido el promotor del viaje, profesor del joven en la Academia de Astronáutica y, en fin, la única persona en quien podía confiar para hacer algo positivo en contra de los «hubots».

Lentamente, salió del baño y se colocó bajo el chorro de aire caliente. Al terminar, se vistió un cómodo pijama y se tendió en el lecho.

La luz se apagó de repente, sin previo aviso. Maldijo a los «hubots».

¿Qué hacer para luchar contra ellos?

Buscar su punto débil. ¿Siete Ka?

—Puede ser —murmuró—. El tipo tiene miedo, eso es indudable. Pero miedo, ¿por qué?

Se durmió sin haber encontrado la respuesta para aquella pregunta.

Antes de amanecer, ya estaba en pie. En cuanto hubo la suficiente claridad, pidió el desayuno.

A las ocho de la mañana estaba ya en la calle. De día podía

orientarse con toda facilidad. No tardó mucho en encontrar la casa del profesor Van der Veydn.

Y entonces le asaltó una súbita sospecha.

¿Le habían dejado libre para seguirle?

Recordó que había mencionado al profesor cuando habló con Frances Colman. Ésta le había delatado. ¿Habría citado también la conversación sostenida entre ambos?

Muy desazonado, pero sintiendo que no podía ya hacer otra cosa, alargó el dedo índice y pulsó el timbre de llamada. Era de día y la energía eléctrica funcionaba.

CAPÍTULO IV

La sorpresa, y la alegría también, del profesor Van der Veydn al ver a Bruno fueron grandes y sinceras.

El joven había sido uno de los más aprovechados discípulos del profesor en la Academia y éste guardaba un magnífico recuerdo de Bruno. Por su parte, Bruno sabía que Van der Veydn era hombre de principios intachables y una sólida formación moral, que no le permitiría apartarse jamás de su deber, por duro y penoso que fuera.

El profesor tendría unos sesenta años de edad, de mediana estatura y noble aspecto. Residía en una modesta casa de los suburbios, adquirida con el fruto de los ahorros conseguidos a lo largo de duros y tenaces años de labor.

—Me alegro sinceramente de verte —dijo Van der Veydn tras los primeros saludos—. Entra y cuenta, Bruno; seguramente tienes mucho que decirme, ¿no es así?

—Más que lo que usted mismo se figura, profesor —respondió el joven.

Los dos hombres pasaron a una salita cuyos ventanales daban a un jardín bien cuidado. Van der Veydn ofreció cigarrillos a su huésped y los dos hombres fumaron durante algún rato.

Al cabo, Bruno se lanzó y relató al profesor todo lo que le había sucedido. Cuando terminó, preguntó:

—¿De dónde vienen estos seres, profesor? —preguntó.

—No lo sé, muchacho. Ni creo tampoco que haya nadie en la Tierra que lo sepa. Es un secreto celosísimamente guardado por ellos y que no han confiado a nadie que no pertenezca a su propia raza. Opino que han debido llegar de alguna estrella remota, situada acaso en dirección a Betelgeuse, de Orión...

—¿Cómo ha llegado usted a tal deducción, profesor? —lo interrumpió el joven.

Van der Veydn sonrió apaciblemente.

—Olvidas que desempeñé una cátedra en la Academia de Astronomía. Como consecuencia de los años de enseñanza, me ha quedado el vicio de mirar de vez en cuando a través del telescopio. Y en las noches de luna llena he podido ver numerosas astronaves que partían en esa dirección.

Bruno asintió con la cabeza.

—Entonces, deben poseer unos conocimientos técnicos fabulosos, para haber podido llegar hasta la Tierra desde una distancia tan fabulosa. Betelgeuse está a doscientos setenta años luz de distancia. Eso resulta inconcebible, profesor.

—¿Qué sabemos nosotros de los adelantos de otras razas galácticas, Bruno? —exclamó Van der Veydn—. Para nosotros, los terrestres, a quienes nos cuesta más de un año recorrer los pobres seis o siete mil millones de kilómetros que nos separan de Plutón, es una distancia fabulosa, inconcebible, en efecto; pero para ellos puede ser una distancia corriente y normal, como la que nos separa de la Luna o Marte.

—Tiene usted razón, profesor —concordó el joven—. Pero esos seres, «hubots» como se les llama, se han adueñado de nuestro planeta. ¿Qué hacen aquí? ¿Qué beneficio obtienen con someternos a esclavitud?

—No puedo decírtelo, Bruno. Si algún terrestre lo sabe, no lo ha dicho.

—O no se lo han dejado decir, que no es lo mismo —exclamó Bruno con vos acerada.

—Puede que sea como dices, muchacho. En todo caso, lo ignoramos. Están aquí y eso es todo.

—He observado que parecen hechos a medias de metal. ¿Qué sabe usted del particular, profesor?

—Lo mismo que tú. No ha habido médico terrestre que haya podido examinar anatómicamente el cuerpo de un «hubot». A este respecto, recuerdo que en cierta ocasión, un automóvil nuestro atropelló sin querer a un «hubot». Naturalmente, vino una ambulancia y se lo llevaron al hospital. El herido fue colocado en la mesa de operaciones para ser curado, pero antes de que le hubieran despojado de sus ropas siquiera, entró un pelotón de «hubots» y se llevó a todos cuantos estaban en el quirófano, desde el cirujano jefe, hasta la enfermera del autoclave, pasando por el anestesista. No se ha vuelto a saber de ellos.

Bruno volvió a encender un segundo cigarrillo.

—El armamento que usan es terriblemente poderoso —comentó.

—Sí. Disgrega la carne y pulveriza los huesos en un santiamén. Ellos las llaman pistolas radiónicas. Yo opino que se trata de una especie de ultrasonido, mucho más potente que el que podemos producir aquí en la Tierra. Desde luego, los efectos de esas armas son fulminantes. Es imposible resistirse a ellas.

—¿Qué sabe usted de la Escuela de Readaptación Psíquica, profesor?

—Lo mismo que tú, muchacho. Es la primera vez que oigo hablar de tal centro pedagógico.

Bruno dejó el cigarrillo en el cenicero. Se puso en pie y empezó a dar paseos por la estancia, muy nervioso.

—Tendríamos que hacer algo para combatirlos, profesor. No podemos seguir así, perpetuamente esclavos de una raza de hombres que no lo son del todo, ni tampoco robots, de una raza de «antihombres» cuyos propósitos nos son desconocidos. Usted no vio el aspecto que presentaba el desgraciado Colman... y yo no quiero llegar a un extremo semejante. Me dijo que antes que permitir que hicieran tal cosa conmigo, me pegase un tiro. ¿Qué sufrimientos no habrá padecido para hablar de ese modo, profesor?

Se sentó de nuevo en el diván y recuperó el cigarrillo. Impensadamente, apoyó el dedo pulgar en la mesita y se dio cuenta de que la cubierta de la misma cedía ligeramente. Pero ocupado como estaba con el problema que tenía planteado, apenas prestó atención al incidente, relegándolo en el acto a un segundo término.

—Profesor, yo no quiero estar parado ni cruzado de brazos cuando puedo actuar. Dígame algo, usted tiene más años que yo, tiene más experiencia, lleva, en fin, mucho más tiempo que yo conviviendo con estos monstruos. ¿Qué podemos hacer para expulsarlos?

Van der Veydn sonrió mientras movía la cabeza con aire pesimista.

—Querido Bruno, la respuesta a tus apelaciones es: nada. Nada, por muy extraño que pueda parecerte. Cálculos aproximados hacen ascender el número de astronaves que se presentaron de pronto sobre el cielo terrestre a cinco millones. Sí, así como suena, cinco millones. Era un espectáculo realmente fantástico verlas volar raudamente por encima de nuestras cabezas, sin que ninguno de nuestros esfuerzos sirviera para nada. Se calcula asimismo que cada nave traía una tripulación mínima de diez hombres, «hubots», como luego hemos dado en llamarlos, lo cual hace ascender el número de los invasores a cincuenta millones. No estábamos preparados para una guerra estelar de tamaña envergadura. Y, por otra parte, ¿qué hubiéramos podido hacer cuando en un santiamén anularon nuestra fuente de energía, es decir, la electricidad? ¿Cómo manejar y guiar unos cohetes o unos aviones ofensivos? ¿Cómo dar órdenes por radio, telégrafo o teléfono? Los barcos, por ejemplo, han vuelto a funcionar por medio del vapor, pero no producen electricidad a partir de la puesta del sol. Y así, tantas y tantas cosas...

Bruno aplastó el cigarrillo contra el cenicero. La mesita volvió a hundirse ligeramente.

Pero apenas si se fijó en el detalle. Se puso en pie.

—Vine a verle porque es la única persona a quien conozco, profesor —dijo—. Pero si usted no puede ayudarme...

—No puedo, hijo, créeme.

—Es igual. —Bruno hizo un esfuerzo por sonreír—. De todas formas, me alegro de haberle visto. Ya vendré a contarle qué tal me ha ido en esa academia.

—Esperaré ansioso tu próxima visita, Bruno —dijo Van der Veydn, mientras le acompañaba hasta la puerta.

* * *

Bruno tocó el timbre de la puerta y luego se reclinó junto al umbral. Sacó un fajo de billetes del bolsillo y esperó.

Cuando la puerta se abrió, fingió que contaba el dinero. Miró de soslayo a Frances Colman.

—¿Qué tal, señora Colman? —dijo, manejando los billetes ostentosamente.

Ella se sonrojó intensamente. Sus ojos despidieron llamas y trató de cerrar la puerta.

Bruno se lo impidió de forma expeditiva. Cargó con el hombro, rechazándola unos cuantos pasos dentro del piso. Luego pegó una patada y cerró la puerta de golpe.

Ella le miró indignada.

Había cambiado de ropa. Ahora vestía una blusa muy ceñida a su busto, sin hombreras, y una falda gris acero que le llegaba diez centímetros más arriba de las rodillas. Calzaba zapatos de tacón alto y en la mano llevaba un bolso de un tejido muy parecido al de la falda.

—Váyase, capitán —dijo en tono bajo y concentrado—. Váyase o…

—… llamará a sus amigos los «hubots», ¿verdad? —dijo él, sonriendo cínicamente—. ¿Cuánto le pagaron por sus servicios?

Ella se irguió más todavía.

—Eso no le importa a usted, capitán.

—¿De veras? —Bruno agitó de nuevo el fajo de billetes, que le habían entregado en el hotel después de cambiarle el cheque—. ¿Qué prefiere: moneda local o «eurodólares»? Yo también puedo pagar sus servicios.

—Me está insultando, capitán.

—Celebro su comprensión, señora Colman. Sí, la estoy insultando. Y dese por satisfecha de que no tengo instintos sanguinarios. De otro modo, ahora estaría en el suelo, con su lindo pescuezo partido en dos. Vamos, conteste: ¿moneda local o «eurodólares»?

Frances levantó la barbilla.

—No contestaré —dijo—. Puede seguir hablando, capitán, usted es un hombre y fuerte; me derrotaría si intentase resistirme a usted a viva fuerza. Pero no hablaré más.

Bruno miró un instante los billetes. Luego los tiró hacia ella.

El fajo de billetes golpeó el pecho de la mujer y cayó al suelo. La piel de Frances tomó un intenso tono púrpura, desde la frente al nacimiento de los senos.

—No es lo que se figura, señora Colman —dijo Bruno—. Ya le di ayer el pago a su traición. Éste es el pago por la vida de su esposo.

Frances olvidó su promesa.

—Mi esposo murió hace cuatro años, capitán.

—Se equivoca. Sam Colman murió ayer, en mis brazos.

—Está mintiendo. Ignoro con qué objeto, pero sé que miente.

—¿De veras? Entonces, ¿quién me ha dicho que se llamaba Sam, señora Colman?

La joven retrocedió un paso. Ahora estaba muy pálida.

—¿E… es cierto eso que dice, capitán? —balbuceó.

—Tan cierto como que la tengo a usted delante, señora —respondió él—. Sam Colman murió ayer, en mis brazos, repito; y antes de morir, me encargó que la viera. Seguramente, ya que no tuvo tiempo para más, hubiera deseado decirle que la amaba. Mejor ha sido así; de esta manera, no se enteró de que estaba casado con una traidora… ¡por dinero! —Su voz translucía asco.

Frances se retorció las manos.

—Deje de insultarme, capitán, por el amor de Dios. Usted no sabe…

—Después de lo que vi ayer, no me interesa saber nada, señora Colman —respondió él fríamente. Miró al suelo, hacia los billetes que yacían a los pies de la joven—. Cóbrese la vida de su esposo y guárdese la vuelta. —Y concluyó insultantemente—. Hoy no es necesario que salga por ahí a pasear.

Dio media vuelta y se marchó rápidamente, con el corazón hirviéndole en ira. Sentía que si permanecía allí un minuto más, acabaría saltando al cuello de la mujer.

Frances exhaló un leve gemido, a la vez que alargaba el brazo como queriendo llamarle. Pero pronto hubo de convencerse de que su gesto era totalmente inútil.

Sentándose en un sillón, hundió la cara entre las manos y rompió a llorar silenciosamente.

Bruno regresó al hotel. El recepcionista le miró con desagrado.

—Tiene usted una visita, capitán —dijo.

—¿Dónde está?

—Esperándole en su habitación. —El recepcionista hizo una mueca mientras el joven se alejaba hacia el ascensor—. Nunca creí que un tipo así pudiera caer tan bajo en menos de veinticuatro horas. ¡Aliarse con los «hubots»! ¡Puah!

Y sin importarle demasiado el lujo asiático del Waldorf-Selene, escupió desdeñosamente a un lado.

Bruno cerró la puerta de su habitación y se enfrentó con el «hubot».

—¿Qué le trae por aquí, teniente? —preguntó.

Siete Ka se puso en pie.

—Los «hubots» y los humanos —dijo— no somos amigos, y probablemente, nunca lo seremos jamás. Usted me ha hecho un gran favor. Bien, yo vengo a devolvérselo.

Bruno miró al individuo con aire reticente.

—¿De qué manera? —preguntó.

—Tome, capitán. —Siete Ka le entregó una cajita oblonga de unos diez centímetros de longitud por la mitad de ancho y uno de grueso—. Dentro hay unas pastillas. Tómese una todos los días a las ocho en punto de la mañana. Ni un minuto antes ni un minuto después. Y no deje de tomarlas todos los días, absolutamente.

Bruno miró la cajita con aire extrañado.

—¿Para qué sirven estas pastillas?

—No puedo decírselo ahora, capitán. Usted mismo comprobará sus efectos a medida que las vaya ingiriendo.

—¿No se tratará de algún tóxico?

Siete Ka hizo una mueca.

—Si hubiera querido matarle, me habrían sobrado ocasiones de hacerlo, capitán. No tenga miedo, se lo aseguro. Hay cien pastillas; lo suficiente para un tratamiento completo. Duran cien días, lo que un curso en la Escuela a la cual va a asistir usted a partir de mañana.

—¿Y cuando haya terminado la cajita?

Siete Ka se encogió de hombros.

—Habrá salvado la vida. Es todo cuanto puedo hacer por usted, capitán, créame. Me libró de un grave compromiso y yo se lo agradezco de esta manera.

—Está bien. Si es como dice, aunque el diablo me lleve si le entiendo, gracias, Siete Ka.

El «hubot» fue a marcharse, pero Bruno le paró en seco.

—Oiga, ¿qué le pasaba a aquel tipo? —Omitió deliberadamente su nombre, así como el diálogo que había tenido lugar entre ambos.

—Murió agotado. ¿No lo vio usted, capitán?

—Agotado, ya lo sé. Pero ¿a consecuencia de qué?

Siete Ka apretó los labios.

—Perdone, pero no puedo decirle más. Estoy jugándome la vida, se lo aseguro. Déjeme ir, capitán.

Bruno aflojó los dedos.

—Está bien. Lárguese.

Al quedarse solo, hizo saltar la cajita en la palma de la mano. La contempló unos instantes con aire reluctante y acabó lanzándola a un rincón.

Consultó la hora. Eran las cuatro de la tarde.

Hasta las siete no se ponía el sol y media hora después se apagaban las luces. ¿Qué hacer, mientras tanto, para entretener la espera?

Bajó a recepción y pidió un cheque, rellenándolo por valor de cinco mil «eurodólares».

—Hasta mañana no tendré el dinero, capitán —manifestó el recepcionista desabridamente.

Bruno no supo captar el tono del individuo. Se encogió de hombros.

—Bueno —dijo.

Fue al bar y tomó una copa, pero la dejó a mitad. Se sentía inquieto, nervioso.

Fumó dos cigarrillos. Al cabo de un rato, se dijo que lo mejor sería darse un paseo para calmar su excitación.

Salió a la calle. Un aparato de patrulla de los «hubots» estaba parado frente a la puerta del hotel.

Contempló el artefacto con curiosidad. Dos «hubots» estaban ante la escotilla del mismo, mirando distraídamente el desfile de los transeúntes.

De pronto el cuerpo de Bruno se puso rígido. Frances Colman cruzaba la calle, pasando justo por delante de la proa del aparato.

Sin poderse contener, lanzó un grito.

—¡Señora Colman!

La joven no le oyó. Caminaba muy deprisa, sumida, al parecer,

en amargos pensamientos.

Obedeciendo a un oscuro instinto, sintiéndose avergonzado de la forma tan cruel y cínica con que había tratado a la muchacha, quiso echar a correr tras ella. Se lanzó hacia adelante con todo su ímpetu.

De repente, su pie derecho tropezó en el de un transeúnte. Bruno cayó hacia adelante, saliendo proyectado hacia el aparato.

«¡Me voy a romper la cabeza!», pensó en una décima de segundo, antes de chocar contra el aparato con terrible impacto.

CAPÍTULO V

Sintió un fenomenal estruendo en torno a él. Algo cedió con estrepitosos crujidos, con una serie de sonidos que parecían de papel metálico rasgado con violencia o de hojalata muy fina quebrantada por medio de grandes piedras.

El golpe en la cabeza fue mínimo. Su cuerpo, debido al impulso adquirido, penetró por completo dentro del vehículo de los «hubots». Éste se movió como agitado por una sacudida sísmica.

Pese a todo, Bruno se aturdió en los primeros momentos. No obstante, se dio cuenta de que había penetrado a través del casco metálico del aparato con toda facilidad, incluso más que si, en vez de ser de metal, hubiera sido de fino vidrio.

Apartó con las manos unos cuantos trozos de metal, que cedían con toda facilidad ante sus golpes. Quiso ponerse en pie y la pierna derecha se hundió a través del suelo.

Fuera, la gente gritaba escandalosamente. Por encima del vocerío de la multitud, Bruno oyó los estridentes chirridos de los «hubots».

Forcejeó con toda su alma para salir de allí. En vista de que le resultaba imposible, arremetió con la cabeza gacha contra la pared que tenía más cercana. Así pudo salir al exterior, por el lado

opuesto al que había entrado.

Miró furioso en todas direcciones, arrepintiéndose del gesto. Frances había desaparecido y era inútil buscarla ya. Colérico, buscando alguien en quien descargar el mal humor que sentía, se volvió, empezando a puntapiés con el artefacto.

Ya no se sentía extrañado al ver que el casco del aparato se abría y se resquebrajaba con toda facilidad. De pronto, un «hubot» se situó ante él, provisto de una pistola radiónica.

El «hubot» le encaró el arma. Y Bruno se vio perdido. Hubiera muerto, a no ser porque alguien lanzó un objeto pesado contra el individuo, derribándolo al suelo. El objeto era una botella y el cráneo del «hubot» se abrió, dejando escapar, junto con la sangre, unas piezas metálicas de aspecto delicado, teñidas de rojo.

El joven se apoyó en el aparato, jadeante. El aparato se ladeó, inclinándose. Bruno se dio cuenta de que le había bastado un sencillo toque para moverlo. ¿Qué clase de metal era aquél, tan superligero, que más parecía papel?

Los gritos de la muchedumbre sonaban cada vez más amenazadores. Uno de los «hubots» soltó varias descargas radiónicas contra la multitud. Varios montones de una pasta sanguinolenta aparecieron al instante sobre el asfalto.

Dentro del artefacto se percibían movimientos humanos. Dos o tres «hubots» salieron al exterior. Todos ellos iban armados con la inevitable pistola radiónica.

Los «hubots» encararon sus armas contra el joven. Bruno se vio perdido por segunda vez.

Entonces, obrando de manera relampagueante, se inclinó y clavó los dedos en el metal del aparato. No obstante su ligereza, aún pesaba mucho, pero Bruno, haciendo un esfuerzo sobrehumano, pudo alzarlo en vilo.

Un grito unánime brotó de la multitud que presenciaba la escena. Tomando impulso, Bruno arrojó el aparato contra los «hubots», derribándolos por tierra.

Se oyó una especie de sirena. El joven giró la cabeza, divisando dos aparatos idénticos al que acababa de destrozar, que caían en picado sobre aquel lugar.

La gente se dispersó apresuradamente. Bruno se abalanzó sobre una pistola radiónica abandonada en el suelo y la encaró contra uno

de los aparatos.

Los efectos de la descarga fueron sorprendentes. El aparato se convirtió al instante en una llamarada muy viva, de fulgor blanquísimo y deslumbrante. Varios puntos negros se desprendieron del seno del fogonazo y cayeron a tierra con sordo estruendo.

Bruno volvió a disparar. La otra navecilla se incendió de igual manera. Los cuerpos de sus tripulantes cayeron a tierra desde unos veinte metros de altura, estrellándose contra el pavimento con inenarrable violencia.

Satisfecho por aquel lado, se volvió. Los «hubots» caídos debajo del aparato, forcejeaban por librarse de aquella trampa. Bruno apretó el gatillo nuevamente y el metal se incendió súbitamente con tremendo fogonazo, despidiendo un enorme calor. Se oyeron unos chillidos de angustia de los «hubots» al arder vivos, pero pronto se acallaron.

Miró a su alrededor. La calle era suya por completo. No había nadie más que él en un amplio espacio.

—¿Será éste el punto débil de los «hubots»? —se preguntó.

Y acto seguido se dijo que lo que menos le convenía en aquellos momentos era seguir en aquel lugar.

¿Volver al hotel?

Ni pensarlo. Le detendrían enseguida.

De pronto se le ocurrió una idea. Casi sin reflexionar, dio media vuelta y echó a correr.

* * *

Frances Colman abrió la puerta e inmediatamente percibió en el ambiente de su casa un olorcillo «sui generis». Arrugó la nariz.

Cruzó el vestíbulo y llegó a la salita. Arrellanado en un diván estaba Bruno Chain.

—¡Usted! —dijo indignada.

Bruno se puso en pie.

—Señora Colman —manifestó—, he venido a suplicarle perdón por mi incalificable conducta de anteayer y de hoy.

—Y me lo dice tan fresco —exclamó la joven, dejando el bolso sobre una mesita—. Después de que me ha dicho las mil perrerías...

—Le ruego me perdone —dijo Bruno con aire contrito—. Quizá

es que soy recién llegado y no sé adaptarme a las circunstancias. Acaso usted tiene motivos poderosos para obrar de ese modo, cuyos motivos yo ignoro por completo y que, naturalmente, debo respetar.

—Cuando quiere, sabe hablar como las personas —observó ella sarcásticamente—. Está bien. Le perdono. Y ahora...

Taconeó vivamente hacia su dormitorio, regresando a los pocos momentos con un fajo de billetes en la mano.

—Tome y váyase. Estamos en paz —dijo la joven secamente.

Bruno le devolvió el dinero.

—Quédeselo —murmuró—. Yo tengo el salario de cinco años intacto en el banco. A usted, con la falta de su esposo, puede serle preciso. Es una pobre indemnización por todas las barbaridades que le he dicho, pero —sonrió—, en caso de que no le fuera necesario, cómprese flores y bombones.

Frances le miró curiosamente.

—¿A qué se debe ese cambio tan brusco, capitán?

—Está bien —dijo él con desgana—. Seré franco. Necesito su hospitalidad nuevamente.

—¿No teme que le traicione de nuevo? —sonrió ella irónicamente.

—Correré ese riesgo, señora Colman.

Durante unos momentos, los dos jóvenes se miraron de frente. Al cabo, ella dijo:

—De acuerdo. Quédese aquí por esta noche. Me imagino que le persiguen los «hubots», ¿no es así?

—Pues, si no me persiguen, no creo que tarden mucho en hacerlo. He matado a unos cuantos de ellos, les he destrozado tres aparatos y... —La miró con suspicacia—. No, no me atrevo a contarle lo que ha sucedido esta tarde.

—¡Así que ha sido usted! —exclamó ella de pronto.

—El mismo... Oiga, ¿quién se lo ha dicho?

Frances sacudió la cabeza.

—No se preocupe. Lo sé, y basta. Destrozó tres aparatos y mató a doce o quince «hubots». Bueno, si le dejan solo, acaba con todos, capitán.

—Tuve un poco de suerte, sencillamente, señora Colman. En realidad, todo fue por culpa suya.

—¿Por mi culpa?

—Sí —Bruno le relató el principio del incidente y terminó diciendo—: ¿Dónde se metió usted? Cuando yo salí por el otro lado del aparato, ya no la vi.

—Había entrado en el ferrocarril subterráneo que hay al otro lado de la calle. Iba... —Frances vaciló perceptiblemente—, iba a ver a unos amigos.

—Bueno —dijo Bruno—, en realidad, no es que me preocupen demasiado sus andanzas, ¿sabe? Pero se me ocurrió venir aquí para pedirle refugio nuevamente.

—Usted anda buscando algo más. ¿Qué sospecha de mí exactamente, capitán?

—Nada. Lo que pueda sospechar de usted está a la vista, señora Colman. Pero repito —se apresuró Bruno a aclarar—, que respeto sus motivos.

—Eso está mejor —concedió ella secamente—. Le ruego me dispense unos momentos—. Consultó su relojito de pulsera—. Queda una hora de tiempo. Tendré que darme prisa si quiero tener la cena lista. Luego se corta el fluido y tendríamos que comer fiambre.

Bruno se inclinó reverenciosamente.

—Mil gracias, señora Colman —murmuró.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, los dos estaban sentados frente a frente, separados por una mesa sobre la cual se veían unos cuantos platos con manjares apetitosos. También había una vela encendida.

La luz se apagó quince o veinte minutos después. Al terminar, Frances hizo ademán de recoger los cacharros.

—Déjeme, señora; yo me encargaré de ello.

Mientras lo hacía, Frances le preparó una manta y una almohada, al igual que dos noches antes. Luego se despidió de él.

—Un momento, por favor —dijo Bruno—. ¿Le importa que le haga algunas preguntas?

—En absoluto. Dígame —respondió ella, contemplándole inexpresivamente.

—Anteayer me dijo que su marido había muerto. ¿Cómo se compagina esto con el hecho de que, por una increíble casualidad, Sam Colman muriese en mis brazos?

—Sé únicamente lo que me dijeron —contestó la joven. Su

pecho se agitó rápidamente—. Sam no estaba conforme con la dominación de los «hubots» y se unió a los rebeldes. Un buen día, un oficial «hubot» vino a verme y me comunicó que Sam había muerto. Ignoraba que hubiese estado vivo durante todos estos años, se lo aseguro.

Bruno se acarició la mandíbula con aire pensativo.

—Es raro. ¿Por qué habían de engañarla a usted, diciéndole una falsedad?

—Lo ignoro, capitán. Pero ¿no estaría mejor preocuparse por lo que Sam pudo hacer durante estos cuatro años?

—Tiene usted razón, señora Colman —contestó Bruno—. Siento tener que darle noticias desagradables, pero lo cierto es que su esposo ofrecía un aspecto lamentabilísimo.

—¿Le habían torturado? —preguntó ella vehementemente.

Bruno alzó los hombros.

—Físicamente, a menos que lo hubiesen matado de hambre, no lo creo. Estaba muy delgado y su corazón mantenía un ritmo rápido e irregular. Se le podían contar las costillas... No, a mí me dio la sensación de que sus tormentos habían sido psíquicos.

—¿Está usted seguro?

—¿Cómo podría afirmarlo rotundamente, señora Colman? Es una impresión mía, sencillamente.

—Entiendo —Frances bajó la cabeza—. Ya nada podemos hacer por él, capitán.

—Sí, una cosa —exclamó Bruno vivamente—. ¡Vengarlo!

—Los «hubots» son muy poderosos. Le matarán.

—Todo ser humano o no, tiene su punto flaco. Me parece que yo he adivinado alguno o algunas de las debilidades de los «hubots». ¡Mire usted! —le enseñó la pistola radiónica—. Aquí tengo un arma. ¿Cuántos terrestres pueden decir lo mismo?

Ella le miró con admiración.

—A pesar de todo, usted es uno solo y ellos son cincuenta millones, capitán.

—Un sencillo granito de arena puede paralizar, a veces, la maquinaria más perfecta, señora Colman. A menos —le miró intencionadamente—, que usted vuelva a aprovecharse de mi sueño y les llame de nuevo.

Frances se puso muy encarnada.

—No será necesario, capitán. Duerma tranquilo; esta vez, ya no le despertarán los «hubots» —sonrió amargamente—. Estaba escasa de dinero, pero ya tengo el suficiente para una buena temporada.

—De todas formas —manifestó Bruno, recordando de pronto un detalle—, tampoco sería necesario. A estas horas, los «hubots» saben que estoy aquí.

—¿Cómo es eso? —preguntó la joven, espantada.

Bruno se quitó la blusa. Luego se desabrochó la camisa.

—Mire. Esto me lo puso un general «hubot». Me dijo que merced a este aparato, podrían localizarme en cualquier lugar y de un modo instantáneo. Quizá lo mejor sea volver al hotel para no comprometerla a usted si les diera por indagar mi paradero —sugirió.

Ella le agarró del brazo.

—¡No, no lo haga, capitán! Ya les avisé una vez, pero no estoy obligada a hacerlo continuamente cada vez que usted aparezca por mi casa.

—¿Y si se dan cuenta de que estoy aquí?

Frances hizo un gesto de indiferencia.

—Correré el riesgo, capitán —murmuró.

Hubo una pausa de silencio. Después, Bruno preguntó:

—Señora Colman, dígamelo con toda franqueza: ¿Fue solamente por el dinero por lo que me denunció usted a los «hubots»?

Ella tardó unos segundos en contestar. Al cabo, respondió:

—Por el momento y aun considerando que, evidentemente, el dinero que me dieron los «hubots» significó un notable refuerzo en mi maltrecha economía, prefiero callarme el resto de los motivos que me impulsaron a obrar de ese modo.

—Muy bien —asintió el joven—. Ya he dicho que respeto sus motivos. Pero no olvide nunca que Sam murió de una manera horrible. Y que fueron esos salvajes los que causaron su muerte.

—Lo tendré presente, capitán.

Dicho lo cual, Frances giró sobre sus talones y se metió en su habitación.

Bruno escuchó unos momentos. No oyó el ruido de la llave en la cerradura, lo cual le llenó de complacencia. Frances confiaba en él y en su caballerosidad.

Se tendió en el lecho y sopló la vela. No tardó en dormirse ni un

minuto.

A la mañana siguiente, muy temprano, Bruno se despertó, saltando del diván. Fue al baño, aseándose rápidamente, tras de lo cual, regresó a la salita.

Buscó papel y pluma, no tardando en hallar ambas cosas en un escritorio cercano. Escribió una breve nota, despidiéndose de la joven, y la dejó en lugar bien visible.

Después se marchó.

Desayunó en un bar que encontró al paso. Sí, la vida se desenvolvía normalmente. De no haber sido por aquellos aparatos que patrullaban constantemente por todas partes...

A las ocho y media en punto estaba en la Gran Plaza del Universo, como le había recomendado el Tres. Divisó varios vehículos de transporte y numerosos individuos esperando pacientemente en torno a ellos.

Bruno advirtió en todos los rostros una expresión ausente, vaga, como si los pensamientos de sus dueños estuviesen muy alejados, como si sólo sus cuerpos estuviesen presentes, en tanto que sus almas vagaban por Dios sabía qué desconocidas regiones. Unos segundos después sonó un silbato. Los grupos se convirtieron en filas, cada una de las cuales empezó a desaparecer en un aparato.

Bruno se colocó a la cola de una de las filas. Entró en el aparato, sentándose en el sillón que le indicó un «hubot». Miró el suelo, extrañándose de que no cediera bajo sus pies.

Y una pregunta surgió al instante en su imaginación: ¿Qué clase de metal era aquél que se rompía como papel según los casos?

El aparato se remontó. Bruno miró en torno a él. Ni siquiera intentó entablar conversación con ellos, presintiendo que no recibiría respuesta alguna a las preguntas que se le ocurriese hacerles.

Media hora después, el aparato aterrizó en un lugar ya conocido del joven. Éste, en unión de sus compañeros, fue conducido a uno de los edificios prismáticos, siendo encerrado momentos después, en un cuarto individual que más parecía una celda.

El cuarto estaba desnudo de muebles, excepto por un sillón en el cual recibió la orden de sentarse. Esperó.

Y mientras esperaba, recordó que había cometido un terrible error: había olvidado tomar la pastilla que le había recomendado

Siete Ka.

CAPÍTULO VI

A las cinco y media de la tarde, regresó al hotel en un estado indescriptible.

Creía estar flotando entre nubes de plata, pisando sobre un suelo blando y algodonoso; le parecía que no tenía cuerpo, sino solamente alma y aun ésta envuelta en una serie de velos flotantes que cubrían con una vaga neblina los objetos que le rodeaban.

Apenas recordaba lo que le había sucedido en la celda donde fue introducido a su llegada a la Escuela de Readaptación Psíquica. Un altavoz había empezado a hablar suavemente, la luz se había atenuado hasta cesar casi del todo y luego...

Primero se había iluminado una gran pantalla circular, que ocupaba casi toda la pared frontera. Después y durante casi una hora, habían estado apareciendo figuras geométricas de todos los colores, en rápida sucesión. Los colores, no obstante, eran suaves, tonos pastel en su inmensa mayoría, sedantes, tranquilizadores de su mente excitada.

Más tarde había estado presenciando escenas de una vida completamente desconocida para él durante un tiempo que no alcanzaba a recordar. También había visto buena parte del cielo, en lo que supuso era una clase práctica de astronomía estelar. Y,

finalmente, a las cinco de la tarde, había recibido la orden de abandonar la celda.

Pero de todo cuanto le había ocurrido conservaba una vaga noción. Se daba cuenta, de un modo confuso, que tenía la mente sumida en una especie de hipnosis, como si se la hubieran sujetado a aquella pantalla por medio de unas ligaduras psíquicas. Sabía que no podía hablar ni comentar con nadie lo que le había sucedido aunque quisiera. ¿Era aquél el primer paso de su degeneración mental?

Llegó al hotel pisando sobre nubes. Maquinalmente pidió la llave de su habitación.

—Tiene usted una visita, capitán —dijo el recepcionista.

—Bueno —contestó el joven con indiferencia.

Se encaminó hacia el ascensor. Un minuto después entraba en su habitación.

Frances Colman se puso en pie.

—¡Capitán! —exclamó con vehemencia.

—Hola —respondió Bruno con voz átona.

La joven se dio cuenta de que algo le sucedía.

—¿Qué le ocurre, capitán? ¿Está enfermo?

—No. Estoy bien.

Bruno se sentó en un sillón, colocando las manos sobre los brazos con gesto vago, ausente. Frances se alarmó.

—Hábleme, capitán. Dígame que le sucede.

—Nada, estoy bien.

—Le esperé todo el día. Tenía que hablar con usted... ¿Dónde estuvo?

—Trabajando.

Las respuestas de Bruno eran lacónicas. Percibía claramente las preguntas y sabía lo que hubiera debido contestar, pero no podía hacerlo. Una fuerza superior a la suya se lo impedía.

Ella le miró asombrada.

—Contésteme, capitán —le urgió—. Necesito hablar con usted.

—Sí. La escucho.

—Usted no me oye, capitán. Ponga atención a mis palabras, por favor.

—Usted es la señora Colman, ¿no es eso?

—Sí, la misma. Oiga...

Frances se retorció las manos. Se dio cuenta de que algo le sucedía al joven.

—Escúcheme, capitán. Tengo algo muy importante que decirle. Yo no soy quien usted cree...

—¿No es usted la señora Colman?

—No. Es decir, si... Oh, Dios mío —exclamó ella nerviosísima—, ya no sé ni lo que le digo. Pero, ¿es que no me oye, Bruno?

El joven la miró como si fuera la primera vez que la viese.

—Sí, la oigo, señora Colman. ¿Quiere algo de mí?

Frances sacudió la cabeza.

—Por favor, dígame si no se encuentra bien. En tal caso, llamaría a un médico.

—No me hace falta ningún médico. Estoy bien. Por favor, váyase. Necesito estar solo.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Bruno —murmuró.

Luego hundió la cabeza entre los hombros y con paso retardado, abandonó la estancia.

Una hora más tarde y sin que Bruno se hubiese movido todavía del sillón, le subieron la cena. Comió tranquilamente, aunque sin dejarse ni un bocado. Y cuando se apagó la luz, se metió en la cama y se durmió.

A la mañana siguiente se despertó en estado casi normal. Se sentó en el lecho, tratando de alejar de sí las brumas que aún cubrían su cerebro.

—¿Qué me ha sucedido? —se preguntó.

Miró en torno a él, asombrándose de verse en la habitación del hotel. Todavía con gesto torpe, se puso en pie y se encaminó al baño.

La ducha fría no mejoró ciertamente su estado anímico, aunque, por supuesto, era notablemente mejor que la tarde anterior. Desayunó y al terminar advirtió que eran ya cerca de las ocho.

El subconsciente le recordó que a las ocho y media debía estar en la Gran Plaza del Universo. Se colocó la blusa y ya se disponía a salir de la habitación cuando, de repente, algo golpeó su cerebro con silenciosa potencia.

¡Las pastillas!

Miró en torno a él. La cajita estaba sobre la mesilla de noche.

Se acercó y tomó la cajita con ambas manos. Recordó que la había arrojado dos días antes a un rincón, después de que Siete Ka se había ausentado. Seguramente, la encargada de la limpieza del dormitorio la habría visto tirada en el suelo y creería que se le había caído involuntariamente, dejándola luego al alcance de su mano. Y por la noche, en su aturdimiento, no se había percatado del hecho.

Consultó el reloj. Iban a dar ya las ocho. Abrió la caja, viendo en su interior un gran número de unas pastillas verdosas, de muy pequeño tamaño, como una lenteja. Con sumo cuidado tomó una de ellas con el índice y el pulgar y se la colocó en la boca.

—No sabe a nada —comentó segundos después de haberla tragado.

Y luego:

—Espero que Siete Ka se haya portado conmigo como una persona decente —murmuró para sí con cierta desconfianza.

Con objeto de evitar pérdidas enojosas, guardó la cajita en el bolsillo superior de su blusa. Después se dispuso a salir, cuando, de súbito, recordó una cosa.

—Frances estuvo aquí ayer por la tarde —murmuró, no muy seguro de sí mismo—. Voy a comprobarlo.

Se sentó ante el visófono y dio a la centralita el nombre de la joven, pidiendo comunicación inmediata con ella. Un minuto más tarde, el rostro ansioso de Frances aparecía en la diminuta pantalla.

—¡Capitán! —exclamó con vehemencia—. ¿Está bien?

—Pues, sí. ¿Por qué lo pregunta? Ah, ya entiendo, señora Colman. Usted estuvo ayer por la tarde en mi habitación.

—Cierto, capitán. Quería hablarle con urgencia... ¿Cuándo podré entrevistarme de nuevo con usted?

Bruno arrojó una mirada a su reloj de pulsera.

—A las cinco y media estaré en su casa. Antes me es absolutamente imposible.

—De acuerdo. Le esperaré, capitán —Frances sonrió encantadoramente—. No falte, se lo suplico.

—Seré puntual —respondió el joven, sonriendo también.

A las nueve en punto se hallaba de nuevo en su celda del día anterior. Después de una hora de ver figuras geométricas de todos los colores, una voz empezó a hablar suave, insidiosamente, al

mismo tiempo que en la pantalla se dibujaba la imagen de una constelación que Bruno reconoció fácilmente.

—Nosotros, los «hubots», somos la raza más poderosa de la Galaxia —empezó diciendo la voz—. Nadie puede oponerse a nuestros designios, somos demasiado fuertes para que cualquier resistencia pueda lograr algo positivo. Vosotros, los humanos, sois nuestros esclavos y lo seréis en tanto nos convenga a los «hubots»...

»Vosotros estáis todavía sujetos a las debilidades del cuerpo y del alma. Nosotros, los «hubots», hemos superado esa fase prehistórica; tenemos un espíritu fuerte y aguerrido y nuestro cuerpo carece de debilidades...

»En una cosa, sin embargo, sois los humanos más fuertes: vuestra mente, en muchos de vosotros, es tremendamente poderosa. Por ello seleccionamos a los más adecuados para la misión que se os encomienda y que contribuirá a dar mayor gloria y esplendor al invencible pueblo de los «hubot»...

»Nuestra mente, en efecto, carece de las debilidades de la vuestra, me refiero a las debilidades afectivas, tales como amor, odio, compasión, simpatía...

»Pero es muy débil de una forma que, paradójicamente, pudiéramos llamar física. Algunos, muchos de vosotros, sin que lo sepáis, poseéis una mente poderosísima. Con ella seríais capaces de mover incluso una montaña. Por eso os necesitamos...

»Antes, sin embargo, de utilizar plenamente vuestros poderes psíquicos, debéis pasar por un periodo de readaptación a nuestras conveniencias. Vuestra mente debe ser educada de acuerdo con las necesidades del pueblo «hubot»...

La conferencia, con diferentes alternativas de proyecciones cinematográficas, se prolongó hasta las cinco de la tarde. Cuando, como el día anterior, el gongo dio la señal de alto, Bruno se puso en pie.

Asombrado, notó que se encontraba perfectamente, sin la menor señal de aturdimiento. El estado de hipnosis en que había caído el día anterior no se había manifestado en él; incluso se encontraba más despejado, más ágil de mente, con una capacidad perceptiva muy superior a la normal y hasta con una mayor flexibilidad de sus músculos.

—¡Demonios! —pensó—. Estas pastillas de Siete Ka han obrado

maravillas conmigo. Tendré que devolverle su buen nombre.

Sin embargo, y para no despertar sospechas, actuó como el día anterior, como sus restantes compañeros de infortunio, de una manera autómata, maquinal. Obedeció mansamente todas las órdenes que se le dieron y cuando llegó al lugar donde les desembarcaban de los vehículos de transporte, se encaminó a casa de la muchacha, en lugar de ir al hotel.

Poco después de las seis llamaba al timbre. Nadie contestó a sus apelaciones, pese a la insistencia con que se empleó. Finalmente, resolvió hacer lo mismo que en una ocasión anterior: entrar en el piso por las buenas.

Frances no estaba en casa.

Bruno se extrañó del hecho. No obstante, decidió esperar, suponiendo racionalmente que la joven se habría visto obligada a salir por algún motivo.

Esperó en vano.

La noche se le echó encima antes de que Frances hubiese aparecido. Cenó lo que pudo y luego se tendió a dormir en el diván.

Frances tampoco compareció al alborear el día. Muy preocupado, Bruno se encaminó al punto de reunión, no sin haberse tomado antes la pastilla, tal como le recomendara el «hubot».

Al terminar la sesión del día, trató de ver nuevamente a Frances.

Sus esfuerzos resultaron estériles. La muchacha había desaparecido sin dejar el menor rastro.

Después de varias infructuosas tentativas, Bruno resolvió abandonar la búsqueda de Frances. Parecía como si se la hubiese tragado la tierra.

* * *

El curso siguió su desarrollo normal. Las pastillas impedían a Bruno caer en trance hipnótico, pero, por lo demás, percibía normalmente cualquier sensación y su cerebro captaba las enseñanzas recibidas. Así fue enterándose de muchas cosas.

—Durante miles de siglos, nosotros, los «hubots» estuvimos sujetos a las debilidades de la carne y del espíritu. Guerras, invasiones, conflictos de toda clase, luchas entre los sistemas estelares, eran la lógica consecuencia de nuestra forma de ser…

»A pesar de todo, nuestra civilización progresaba paulatinamente. Pero nuestra envoltura carnal, íntimamente relacionada con la mente que la guiaba, impedía un franco progreso de nuestro pueblo. Los sentimientos seguían predominando en nuestra manera de vida y retardaban de modo considerable el momento de llegar a la perfección...

»Hubo, por fin, un científico que logró dar el primer paso para alcanzar esa perfección. Resultaba evidente que no conseguiríamos tal estado mientras estuviésemos sujetos a las imperfecciones y flaquezas del cuerpo...

»Y entonces se formuló la pregunta siguiente: «Puesto que el cuerpo, se quiera o no, influye tanto en la mente en determinados aspectos, obligándola a tomar decisiones que no adoptaría de no existir ese débil cuerpo, ¿por qué no suprimirlo, dejando la mente intacta?»...

»Teníamos robots que hacían muchos trabajos por nosotros. Pero eran máquinas y en muchos momentos, pese a su fabulosa memoria electrónica, resultaban incapaces de tomar decisiones resolutorias. Continuamente, pese a los esfuerzos de sus constructores, se les planteaban situaciones nuevas...

»Un robot no es un hombre. El robot actúa de determinada manera, relacionando los hechos grabados en su memorizador y ejecutando la maniobra en consecuencia y de acuerdo con lo que le sugiere su memoria artificial. Pero si se le presenta una situación nueva, una situación ante la cual no se ha visto jamás y de la cual no conserva el menor recuerdo en sus circuitos nemotécnicos, se paraliza. No actúa o, si actúa, lo hace erróneamente...

»Se trataba de suprimir dos cosas a la vez, dos cosas imperfectas, creando con ambas una sola y perfecta. Suprimir el hombre y suprimir el robot, creando el ser mixto. Un ser carente de afectos y, por lo tanto, de debilidades. Los afectos se dicen causados por el corazón o por el cerebro, pero no son, básicamente, más que consecuencia del funcionamiento de determinadas glándulas, las cuales, lógicamente, influencian el resto del cuerpo...

»Suprimiendo el cuerpo, suprimiríamos los afectos. Y, por tanto, las flaquezas de la mente. Además, el cuerpo es perecedero. Un ser vivo humano puede durar cien, doscientos años, como máximo. Un cuerpo robótico, en condiciones normales, es indestructible. Si

alguna pieza se le estropea, se repone...

»¿Aliar el cuerpo de un robot con el cerebro de un humano? ¡Ésta era la solución...!

* * *

A mitad de curso, un día, Bruno se encontró con que había cosas nuevas en su celda.

Habitualmente, sólo disponía del sillón. Aquel día encontró una mesa frente al sillón.

Sobre la mesa había distintos objetos, todos ellos aparentemente sin ninguna relación entre sí: un florero, una caja de cigarros, media docena de platos corrientes, una máquina de escribir...

Después del acostumbrado introito de proyección de figuras cromáticas, la voz empezó a hablar.

—Hoy vamos a comenzar con el primer ejercicio de levitación. Esto es algo que nuestra mente no ha podido realizar jamás. Por ello os necesitamos a vosotros, los terrestres...

Bruno se preguntó para qué diablos les enseñaban a levitar los objetos. Era algo incongruente, en su opinión, y que no tenía relación alguna con las enseñanzas que recibían. ¿Para qué?

La voz continuó hablando.

—Hemos estado fortificando vuestro poder mental, por decirlo así, en un sentido, claro está. El poderío del cerebro, hábilmente desarrollado, es fantástico. Prácticamente, no reconoce límites. Dije al principio del curso, que vosotros podríais mover una montaña con sólo el poder de vuestra mente.

»Delante de vosotros tenéis varios objetos. Os hemos estado educando para que podáis practicar la levitación. Por supuesto, estáis aún a la mitad. Pero esto es solamente el principio. Concentraos levemente, no es preciso que hagáis un intenso esfuerzo. ¿Está?

»Ahora, ordenad a cualquiera de los objetos que tenéis ahí que se mueva. Ordenadlo en silencio, mentalmente.

Bruno recorrió la mesa con la vista. Al lado de la máquina de escribir había un paquete de cuartillas.

Ordenó a uno de los papeles que se levantara en el aire y se colocase en el rodillo de la máquina.

Su asombro fue infinito al ver que la cuartilla le «obedecía». Hizo girar el rodillo mentalmente y luego manejó las teclas por el mismo método.

—Las pastillas de Siete Ka impiden la hipnosis —se dijo—, pero no la recepción de las enseñanzas.

Y entonces escribió unas cuantas palabras sobre la cuartilla.

«¿Dónde está Frances Colman?», preguntó.

CAPÍTULO VII

Ce Tres miró a Bruno con aire severo.

—¿Es usted el autor de esta pregunta? —dijo, enseñándole la cuartilla.

—Sí —respondió el joven impasible.

—¿Por qué se interesa tanto por la señora Colman?

—Es una mujer joven y atractiva. Todavía tengo un cuerpo y estoy sujeto a sus encantadoras debilidades, general —contestó el joven sarcásticamente.

Ce Tres consultó una ficha.

—Los informes que tengo de usted son muy favorables, excepto en una cosa: su receptividad a la hipnosis es casi nula. ¿A qué se debe eso, capitán Chain?

Bruno trató de disimular, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Puede que mi espíritu sea más fuerte que el de los demás.

—Y, sin embargo, su aprovechamiento de las enseñanzas es magnífico. ¿Es que se ha propuesto rechazar la hipnosis de que es objeto cada día al empezar la clase?

—Bueno, general, ahora me entero de que me hipnotizan —contestó Bruno, tratando de desconcertar a su interlocutor—.

¡Caramba! Es una noticia poco agradable.

Ce Tres frunció el ceño.

—Tendremos que someterle a un tratamiento superior, capitán. Esto podría conducirle a una rebeldía y nosotros no queremos rebeldes, ¿me ha comprendido?

—Estoy en sus manos, general —dijo Bruno flemáticamente. Sonrió—: Ustedes alardean de carecer de sentimientos, pero me parece que todavía les queda bastante que andar en ese sentido. Oiga, ¿por qué no tiran de una vez ese cerebro humano que aún conservan y lo substituyen por uno artificial, electrónico?

—Escuche, capitán Chain —bramó Ce Tres—, si cree que puede engañarnos se equivoca miserablemente. Sé que es usted el autor de aquel estropicio que nos costó tres naves y una docena de hombres. No tomamos ninguna medida contra usted, porque es un hombre que nos interesa. Cerebros como el suyo hay pocos y los necesitamos, ¿me comprende? Pero en caso necesario, también sabríamos pasarnos sin él. ¿Se da cuenta de lo que acabo de decirle?

—Su conocimiento del lenguaje terrestre es magnífico, general —dijo el joven sin inmutarse.

De pronto miró los papeles que había sobre la mesa de Ce Tres y les impartió una orden mental.

El «hubot» sonrió.

—Amigo Chain —dijo—, aquí no puede usted emplear sus facultades levitatorias. He previsto que trataría de jugarme alguna mala pasada y he creado un campo negativo de fuerza psicomagnética que anula sus poderes mentales. Pero le voy a advertir una cosa: no se salga del camino que le hemos trazado. No se salga o tendrá que lamentarlo.

—Vine aquí a preguntar por la señora Colman —dijo Bruno desviando la cuestión—. Sus amenazas me dejan frío, general. ¿Dónde está?

—No lo sé.

El joven miró a Ce Tres fijamente durante unos momentos. De súbito, lanzó un dardo mental al interior del cerebro del «hubot».

(—Quiero que me contestes. ¿Dónde está Frances Colman?)

Ce Tres lanzó un aullido y se tapó los ojos con la mano.

—¡Cállese, capitán! —gritó.

Bruno sonrió.

—¡Pero si yo no he dicho nada, general! —exclamó, fingiendo asombro.

Los ojos del «hubot» brillaban.

—Ha intentado traspasar mi cerebro, capitán. He sentido su dardo mental perfectamente. No lo haga, no lo repita, ¿estamos?

«¿El punto flaco de los robots?», se preguntó Bruno.

—Lo siento, señor —dijo con aire contrito—. Fue únicamente que pensé con quizá demasiada vehemencia en la señora Colman. ¡Es tan atractiva!

—Pues no sé dónde diablos está. Y además, tampoco me interesa, capitán. Lo único que puedo decirle es que su tratamiento hipnótico será reforzado. Todavía no está totalmente bajo nuestro poder, pero acabará estándolo. Márchese.

Bruno se puso en pie.

—Sí, señor.

Al salir, quiso comprobar si, efectivamente, el campo de fuerza psicomagnético de que le había hablado Ce Tres era una realidad.

Llegó al navío y miró fijamente a una de las naves. Le «ordenó» levantarse en el aire y el aparato se alzó una veintena de metros.

Los «hubots» empezaron a gritar. «Cáete», dijo a la nave.

Y la nave cayó, destrozándose contra el suelo.

Bruno sonrió levemente. Los «hubots» se peleaban entre sí, acusándose mutuamente de haber manejado indebidamente el aparato.

—Pues no están tan faltos de sentimientos como pretenden —comentó—. ¡Vaya manera de pelearse, parecen vendedoras de pescado!

* * *

Siete Ka miró al joven recelosamente.

—¿Por qué me ha llamado? —preguntó—. ¿No sabe que me compromete?

—Sí, pero te necesito, Siete Ka —respondió Bruno tan fresco.

—No vuelva a hacerlo, capitán —rezongó el «hubot»—. Otra vez que me llame, no acudiré.

—Entonces, un tal general Ce Tres se enterará de que ustedes metieron en una habitación equivocada a un humano llamado Sam

Colman. ¿Qué te sucederá entonces, Siete Ka?

—Está bien, hable. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Ce Tres me ha anunciado que van a reforzar mi tratamiento hipnótico. Hasta ahora, tus pastillas me han sentado magníficamente. ¿Qué debo hacer para evitarlo?

—Tome una dosis doble.

—¿Seguro?

—Positivamente —contestó el «hubot».

—Entonces, acabaré la caja antes que el tratamiento.

—Mañana le enviaré otra, capitán.

—Espero que, por tu bien, no me falles, Siete Ka. Tendrías que lamentarlo muchísimo.

—No le engañaré, descuide.

—Me alegro. Oye, ¿de dónde diablos sacas esas pastillas?

—Algunos de vosotros poseéis facultades hipnotizadoras. En los primeros tiempos de nuestra llegada al planeta, varios de los nuestros sufrieron esos efectos. Desde entonces, todos tenemos una abundante provisión de dichas pastillas.

—Las tomaréis a diario, supongo.

Siete Ka se encogió de hombros.

—Eso es algo que ya no nos preocupa. ¿Quién iba a poder resistirnos con éxito?

—Tienes razón —Bruno fingió estar de acuerdo con el «hubot»—. Nadie se os puede resistir. ¿Por qué me ayudas, aparte de tu propia seguridad, claro está? Te acusarían de traición si se supiera.

—Ya le dije que le estoy agradecido por su silencio, capitán, únicamente quiero evitar que le suceda lo mismo que a Sam Colman.

—Entonces, ¿qué diablos harán conmigo cuando termine el tratamiento?

—Hay algunos terrestres de mente excepcionalmente resistente a la hipnosis. A esos individuos se les deja… libres.

Bruno se dio cuenta del titubeo de Siete Ka.

«¡Mientes! Los liquidan», pensó, pero no lo expresó en voz alta.

—Hombre, ésa es una noticia muy agradable. Y ¿cuál sería tu castigo si se enteraran del asunto de Sam Colman?

Bruno creyó ver que el «hubot» palidecía.

—Me darían un cuerpo humano —contestó Siete Ka.

El joven abrió la boca. Luego rompió a reír convulsivamente.

—¡Un cuerpo humano! ¿Y te quejas? Pero ¡si eso es lo mejor que podría sucederte!

—No hable así —exclamó el «hubot», enojado—. Viviría solamente ochenta o noventa años, cuando de esta forma puedo vivir siglos antes de que mi cerebro se deteriore.

—¡Raza de chiflados! —masculló Bruno entre dientes—. Está bien; gracias por tus explicaciones. No te olvides, mañana a las cinco y media de la tarde, quiero aquí las pastillas.

—Las tendrá sin falta —prometió Siete Ka.

Estaba ya cerca de la puerta cuando Bruno le llamó:

—Oye —exclamó—, ¿qué sabes tú de la señora Frances Colman? Era la esposa de Sam Colman, el tipo que...

—Nada. Nunca he oído hablar de esa humana —contestó Siete Ka tajantemente.

* * *

—Y eso es todo lo que hay hasta el presente —concluyó Bruno.

El profesor Van der Veydn permaneció un buen rato pensativo, después de que el joven hubo terminado su narración.

—No entiendo para qué os educan la mente de tal manera. Podría ser arriesgado para ellos.

—No, porque imbuyen en nuestro cerebro la orden de que esto que hacen con nosotros es para obedecerles en todo y por todo —arguyó el joven—. Nos permiten utilizar estos excepcionales poderes de la mente, pero únicamente en su servicio. Si uno quisiera atacarles, no podría.

—Excepto tú, naturalmente, Bruno.

—Claro. Yo soy el único que, habiendo recibido dichas enseñanzas, puede desobedecerles tranquilamente y aun atacarles. Para mí esa orden de respeto y obediencia ciega a los «hubots» no reza.

—¿Y qué harás al terminar el curso? Según has dicho, apenas si te quedan ya dos semanas de tiempo. Pasado ese plazo, los «hubots» tratarán de sacar el adecuado provecho de dicho tratamiento.

—No lo sé —exclamó el joven, descorazonado—. No se me

ocurre nada. Por eso vine a verle a usted, profesor, esperando que me diese algún consejo.

—Si al menos supiera lo que van a hacer con vosotros —manifestó Van der Veydn—. Pero lo ignoro por completo, lo mismo que tú, muchacho.

Bruno se quedó unos momentos pensativo. Luego dijo:

—Lo que no acabo de entender es por qué necesitan de nuestros cerebros. Según nos han dicho, los de ellos viven durante siglos. Sería lógico suponer en ese espacio de tiempo hubieran conseguido desarrollar facultades psíquicas excepcionales. ¿No lo cree usted así, profesor?

—Teóricamente, así debiera ser —contestó Van der Veydn—. Pero, en mi opinión, sucede todo lo contrario porque, a fin de cuentas, el cerebro es un órgano físico y, como tal, envejece. Vuestros cerebros, los de los humanos, en general, son jóvenes, robustos todavía; y de ello se aprovechan los invasores.

Bruno recordó una frase pronunciada por Sam Colman. «Me han sacado el jugo... y ahora que no les sirvo... me tiran a un lado como una fruta exprimida...»

¿Qué horribles experiencias hacían los «hubots» con sus cautivos? Sam Colman había sido, indudablemente, un hombre fuerte, pero en cuatro años había quedado reducido a una condición física lamentable. «Yo he resistido doce viajes por el espacio... pero la mayoría no llega al sexto.»

Una súbita sospecha estalló de pronto en su imaginación. Y el pensar que podía sucederle lo mismo que a Colman, le espantó.

No obstante, trató de mantener la serenidad.

Sonrió.

—Sí, debe ser como usted dice, profesor. Ellos tienen el cerebro muy gastado y, por lo tanto, aunque pueden pensar y razonar normalmente, no son capaces de realizar esfuerzos de levitación, esfuerzos que casi podrían llamarse físicos y que requieren cantidad fabulosa de energía anímica, que ellos no están en condiciones de desarrollar. Pero, ¿para qué querrán nuestros cerebros?

Van der Veydn sacudió la cabeza.

—Aprovecha las pastillas que te dio Siete Ka y cuando haya terminado el curso, entérate de sus propósitos. Tal vez esto te sirva para combatirlos.

Bruno meneó la cabeza con aire pesimista.

—Soy uno solo contra cincuenta millones, profesor. La desproporción es abrumadora.

—La fe también ayuda mucho, Bruno —sentenció Van der Veydn.

El joven sonrió mientras se ponía en pie.

—Quisiera que fuera así, profesor. Bien, gracias por haberme escuchado. Volveré a verle cuando haya terminado el curso.

—Te esperaré con impaciencia, muchacho.

Los viernes terminaba la clase a mediodía. Bruno se disponía a marcharse, cuando el altavoz le impartió una orden.

—Capitán Chain, preséntese en el despacho del general Ce Tres.

Bruno respingó. «¿Qué querrá ese esperpento de mí?», fue lo primero que se le ocurrió.

Salió de su cubículo, notablemente intrigado, aunque procurando no manifestarlo externamente. Se dirigió a la tercera puerta.

—El general me llama —dijo al centinela de vigilancia.

El «hubot» asintió. Abrió la puerta del ascensor y unos momentos más tarde, entraba en el despacho del general.

Ce Tres se puso en pie al verle aparecer ante él.

—Celebro verle de nuevo, capitán —dijo. Agitó unas hojas de papel metalizado—. He estudiado sus informes. Realmente, ha aprovechado usted muy bien el tiempo.

—Me alegro de ello, señor —respondió Bruno. Inclinó la cabeza, y dijo muy gravemente—: Todo lo hago para la mayor gloria de los «hubots».

—Su amabilidad me encanta, capitán —respondió Ce Tres—. Tan bien ha aprovechado usted las enseñanzas que le hemos impartido, que en estos momentos temo seriamente se le ocurra anular el campo de fuerza psicomagnético que me rodea y empiece usted a hacer ejercicios de levitación conmigo.

—No tema, general —sonrió el joven—. Por ahora, no tengo intenciones de causarle ningún daño. ¿Puedo saber para qué me ha llamado?

—Sí, claro, es cierto... Casi lo había olvidado ya, capitán. Tengo que enseñarle una cosa. ¿Quiere prestar atención un momento? Mire hacia su derecha, por favor.

Bruno volvió la cabeza un tanto. Detrás y a la izquierda del general había una pantalla televisora, incrustada en la pared. Ce Tres manejó un interruptor y la pantalla se iluminó en el acto con gran intensidad.

El joven contempló con interés el espectáculo que se ofrecía a su vista y que no era otro que un quirófano con dos camas, en torno a las cuales había un grupo de médicos y enfermeras dispuestos para intervenir a un paciente que no se advertía en la imagen.

Una de las camas, sin embargo, estaba ocupada por una figura humana, completamente oculta bajo una sábana. Casi en el mismo momento de iluminarse la pantalla, la cámara enfocó otra escena.

La imagen de alguien conocido apareció ante los ojos del joven. Conducido por cuatro fornidos «hubots», Siete Ka penetró en el quirófano. Su rostro expresaba claramente el terror que sentía.

Bruno tragó saliva. De reojo, se dio cuenta que Ce Tres le contemplaba interesadamente.

—¿Sabe lo que va a ocurrir ahí, capitán?

El joven sacudió la cabeza.

—De vez en cuando, alguno de nuestros hombres se desmanda. Resabios que todavía no hemos podido eliminar, pese a nuestros esfuerzos. Naturalmente, es preciso hacer un escarmiento, castigando al culpable en forma adecuada.

—Bien —dijo Bruno—, pero no sé por qué me hace usted presenciar una escena que me tiene sin cuidado.

—¿Está seguro de ello? Mire, mire a su buen amigo, el teniente Siete Ka. Vamos a darle un cuerpo humano como castigo a su traición.

Uno de los médicos descubrió el cuerpo que yacía en la camilla. Bruno pudo advertir que se trataba de un anciano.

Ce Tres exhaló una sarcástica carcajada.

—Ah, pero no le damos el cuerpo de un hombre joven y robusto, como usted, por ejemplo, capitán; eso sería, acaso, un premio, según como se considerase. No, le vamos a entregar el cuerpo de un anciano de setenta y cuatro años, que además padece de asma y reuma.

Bruno volvió la cabeza hacia su interlocutor.

—Un castigo diabólico, general. Pero ¿cree que puede interesarme particularmente lo que le suceda a ese desdichado?

—Sí.

La respuesta de Ce Tres fue clara y terminante.

Durante unos segundos, Bruno y Ce Tres se miraron fijamente. De pronto, el «hubot» alargó la mano y dijo:

—Sabemos de qué medio se ha valido usted para esquivar la hipnosis, capitán. Sabemos también que, por un imperdonable descuido nuestro y merced a la perfidia de un traidor, ha adquirido usted una serie de valiosas enseñanzas que pueden sernos perjudiciales algún día.

»Pero eso no tiene importancia, habiéndose descubierto el fallo a tiempo. Se le hará empezar de nuevo el curso y esta vez sí que será usted sensible a nuestra hipnosis. ¡Deme la caja de pastillas, capitán Chain!

CAPÍTULO VIII

Durante unos momentos, reinó en la estancia el más absoluto silencio.

—Deme la caja —repitió el «hubot»—. Y le advierto que no debe fatigarse empleando conmigo sus poderes levitatorios, capitán. Aquí, en esta habitación, sus esfuerzos en tal sentido no le servirán de nada.

—¿Cómo ha sabido lo de las pastillas, general? —preguntó el joven—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Poseo un excelente servicio de información, eso es todo.

Bruno guardó silencio durante unos instantes. De súbito, lanzó su mente, tratando de sondear la de Ce Tres.

Éste lanzó un agudo chillido, cubriéndose el rostro con las manos, como si con aquel gesto quisiera defenderse de las exploraciones mentales de Bruno.

El joven percibió que una sólida barrera alzada delante del cerebro de Ce Tres le impedía averiguar el nombre de su informante.

—Bueno —se dijo—, cuando el cerebro falla, el cuerpo también sirve para algo.

Y apoyándose con la mano izquierda en la mesa, saltó al otro

lado.

Ce Tres se quedó enormemente sorprendido por la inesperada acción de Bruno. Éste, con acento lleno de sarcasmo, le preguntó:

—General, su campo de fuerza repulsiva psicomagnética, ¿sirve también para los puños?

Y antes de que el estupefacto Ce Tres pudiera reaccionar, disparó su brazo derecho.

La mandíbula del «hubot» crujió al ser alcanzada por el demoledor puñetazo del joven. Algo crujió en el interior del cráneo de Ce Tres, que se derrumbó al suelo fulminado.

Bruno contempló durante unos momentos el cuerpo de su antagonista. Después murmuró:

—Es preciso hacer algo. Aquí no puedo continuar un momento más, ahora que me han descubierto.

Se dirigió hacia la puerta del ascensor, tocando el timbre de llamada. Bien pronto apareció ante su vista un «hubot» al cual dijo:

—El general desea que no se le moleste en un buen rato.

—Bien —contestó el «hubot» estólidamente.

Bajaron en el ascensor y salió al gran patio central. Bruno se dio cuenta de que los aparatos de transporte ya se habían marchado. ¿Cómo arreglárselas para llegar hasta la ciudad?

Súbitamente se oyeron voces tras él. Volvió el rostro.

Unos cuantos «hubots» salían del edificio principal, vociferando como energúmenos, a la vez que le señalaban.

—Y luego dirán que carecen de sentimientos —refunfuñó mientras echaba a correr hacia una de las navecillas.

No conocía su manejo, pero tenía en su mente un poderoso motor que le llevaría hasta donde le conviniese.

Dos «hubots» trataron de cerrarle el paso. Bruno utilizó su mente con efectos devastadores.

Los individuos cayeron de espaldas al suelo, como si hubieran recibido el empujón de una mano gigantesca. El paso quedó libre.

Penetró en el interior de la nave. El piloto estaba en un asiento. Bruno lo levantó en vilo, arrojándolo fuera, contra un grupo de «hubots» que ya estaba a punto de alcanzarle.

Aprovechando el tumulto, Bruno cerró mentalmente la escotilla y «levantó» la nave en el aire.

El esfuerzo le resultó fácil, aunque se notó cierto torpor en la

cabeza. Las sospechas que había concebido días atrás acerca de la finalidad de aquel acondicionamiento psíquico, empezaron a tomar cuerpo. Por medio de la mente manejó una pantalla visora que tenía ante sí. De este modo pudo ver diversos aparatos que se lanzaban en su persecución. Disparando dardos mentales, fue inutilizándolos uno a uno. Al quedarse solo, se sintió extrañamente fatigado y con el rostro cubierto de sudor.

De pronto recordó una cosa: la cajita señalizadora que aún llevaba adosada al costado.

—¡Fuera! —ordenó, y la caja saltó fuera, rasgando el tejido de su blusa.

En aquel momento se produjo un relámpago cegador. Bruno bloqueó con la mente los efectos de la descarga radiónica, pese a lo cual no pudo evitar sentir en su costado algo así como un tremendo garrotazo, que le dejó sin aliento durante unos momentos.

Después, cuando se hubo recobrado, lanzó la nave hacia adelante a toda velocidad.

* * *

Convertido en una sombra fantasmal, Bruno se deslizaba sigilosamente por las calles de la ciudad. Estaba asombrado de los poderes psíquicos que había adquirido durante el curso de Readaptación.

La noche no existía para él. Veía tan bien como si fuese de día. Avanzaba rápido, pero con cautela.

Una nave patrullera le salió al paso. Bruno la estrelló contra una pared. Siguió su camino.

Media hora después llegó ante una casa. Tanteó la puerta.

Estaba cerrada. Fijó su atención en la cerradura y el pestillo se descorrió.

Emprendió el ascenso por las escaleras. Al llegar al primer rellano, se detuvo lo justo para abrir otra puerta por el mismo medio.

Cerró cuidadosamente a sus espaldas. Entonces sacó una cerilla y la encendió, relajando su mente. Mantenerse constantemente en una tensión semejante le fatigaba demasiado.

Vio una palmatoria sobre la mesa. Encendió la vela.

Respiró aliviado.

—Espero que no se les ocurra venir a buscarme aquí.

De pronto sonó una voz:

—¿Quién anda por ahí?

—¡Frances! —gritó Bruno sin poder contenerse.

Hubo una pausa de silencio. Después, la joven preguntó:

—¿Es usted, capitán?

—El mismo, Frances. Pero ¿qué ha sido de usted...?

—¡Aguarde un momento, Bruno! ¡Salgo al instante!

Bruno oyó un rumor de ropas que se agitaban y unos segundos después, Frances apareció ante sus ojos, mal envuelta en una bata de dormir y con el rostro pálido.

La joven se arrojó impulsivamente en sus brazos.

—¡Oh, Bruno! ¡Gracias a Dios que le veo! ¿Dónde ha estado metido todo este tiempo? He temido lo peor y...

—¿Lo dice de veras, Frances?

—Pues claro que sí —respondió ella vehementemente. De pronto se dio cuenta que estaba aún abrazada al joven y quiso separarse, muy sofocada—. Oh, ¿qué he hecho yo? —se lamentó.

Bruno la sujetó por el talle.

—No te separes, cariño —dijo—. Estamos muy bien así, ¿no crees?

El pecho de Frances palpitó agitadamente.

—Bruno —murmuró—, he pasado mucho miedo por ti.

—Eso me satisface mucho, querida. Pero ¿dónde diablos has estado todo este tiempo?

—Tengo muchas cosas que contarte, querido —respondió Frances.

—Y yo también. Pero ¿por qué no lo hacemos frente a sendas tazas de café?

—Es una buena idea —sonrió ella. Y trató de separarse.

—Un momento —dijo Bruno. Inclinó la cabeza y juntó los labios con los de Frances. Al separarse, exclamó—: Ahora ya puedes ir a preparar ese café.

Un cuarto de hora más tarde, Bruno empezó a contar a la joven lo que le había sucedido. Estuvo hablando durante largo rato, sin que Frances le interrumpiese.

—¿Qué piensas hacer ahora, Bruno? —preguntó ella al acabar el

relato.

—No lo sé. Estoy francamente desorientado. Me gustaría formar una especie de equipo para poder combatir a los «hubots», pero ¿cómo lograrlo? No conozco a nadie y, fuera de ti, tampoco me fío de nadie. Cierto que antes de partir de viaje para Urano tenía muchos amigos, pero ¿quién me garantiza que no hay entre ellos un delator?

Frances le miró fijamente durante unos segundos.

—Bruno —dijo al cabo con lentitud—, ¿y si yo te dijera que he encontrado ese grupo de amigos, con los cuales he estado hasta ahora, y que están dispuestos a todo, absolutamente a todo, con tal de arrojar a los «hubots» de la Tierra?

—¡Qué! —se sobresaltó el joven—. ¿Lo dices en serio, Frances?

—Jamás he hablado tan seriamente, Bruno —respondió ella.

—Explícate, te lo suplico.

—Empezaré por el principio, cuando te traicioné. ¿Lo recuerdas aún?

—No me hagas avergonzarme —refunfuñó Bruno—. Te traté de una manera…

—Mejor que fuera así —sonrió ella comprensivamente—. De este modo no tuviste que fingir. Escucha, Bruno, durante años hemos estado tratando de introducir una cuña en el sistema defensivo de los «hubots». Han sido muchos los voluntarios que se han ofrecido… pero hasta ahora, el único que ha vuelto completamente indemne has sido tú. Cuando te denuncié no lo hice por ganarme un dinero, sino porque trataba de infiltrar un espía en las filas de nuestros enemigos.

—¿Y sabías que yo podría ganar? —preguntó él asombrado.

—Quizá te enojes, pero te concedí muchas posibilidades. Eras hábil, astuto, inteligente… y, sobre todo, recién llegado a la Tierra. Ésta era, sobre todas, una razón primordial.

—¿Por qué?

—En los momentos actuales, eres el único comandante de astronave que nos queda. Todos los demás han desaparecido.

Frances se encogió de hombros.

—Hubiese sido realmente lamentable, Bruno. Pero, compréndelo, no podía por menos de actuar así… cuando también mi propio esposo se había ofrecido voluntario.

—Sam dijo que tú le habías aconsejado que no lo hiciera.

—Estoy segura de que, hasta el final, trató de engañar a los «hubots» para no comprometerme.

—Entiendo —dijo él—. Y ¿qué hacen ahora tus amigos?

—Son los mismos a quienes yo iba a ver la tarde en que —Frances sonrió— destrozaste el aparato «hubot». ¿Sabes? Uno de ellos merodeaba por allí y tuvo tiempo de apoderarse de un fragmento del metal con que estaba construida la nave. Lo pasó a nuestro grupo de expertos y éstos lo analizaron. Asómbrate: el noventa por ciento es magnesio y el resto un metal desconocido en la Tierra, que proporciona al magnesio dureza y una mayor ligereza.

—Pero ¿por qué cedió con tanta facilidad? —inquirió Bruno.

—Según han explicado los químicos, el choque alteró la composición molecular de la aleación, tornándola extremadamente frágil y quebradiza. Además hay otra cosa: es sumamente combustible.

—¡Rayos! Entonces, ¿por qué utilizan esos cacharros?

—No lo sé, pero cuando lo hacen, tendrán alguna razón —respondió Frances.

Bruno movió la cabeza afirmativamente.

—Bien —dijo—, y ahora ¿cuál es mi papel?

—Tú conoces prácticamente todos los secretos de los «hubots». Eres el primer hombre que ha penetrado en su antro y ha vuelto… vivo. Puedes guiarnos en la lucha contra ellos. —Le miró ansiosamente—. ¿Lo harás, Bruno?

Él rodeó con su brazo los hombros de la joven.

—¿Y lo dudas todavía?

Frances apoyó su cabeza en el pecho de Bruno.

—No —murmuró—, no lo dudo. Y sé que tú serás el hombre que, al fin, logre derrotar a esos seres infernales.

—Los «antihombres» —dijo Bruno.

Frances asintió. Estrechamente abrazados, guardaron silencio durante unos momentos. Al cabo de un rato, Bruno dijo:

—Lo que no entiendo es por qué han de cortar la energía de modo tan radical después de la puesta de sol. Me parece que debe existir una razón más poderosa que la de sojuzgarnos.

Frances se irguió.

—Nosotros trabajamos de día. Ellos lo hacen durante la noche.

—¿En qué?

—Se llevan cierta clase de metales del planeta. Hemos podido deducir que en su mundo andan muy escasos de esos metales, entre ellos el magnesio que es la base para la construcción de sus astronaves.

—Ahora lo voy comprendiendo. Si pudiésemos lograr inutilizar el mecanismo con el cual producen la falta de energía… Supongo que debe tratarse de un mando único, guardado celosamente en algún sitio que desconocemos.

—Nosotros también hemos llegado a esa conclusión, Bruno. Por la noche nos cortan la energía a nosotros. De este modo nos dominan y, además, se aprovechan para trabajar ellos.

—¿De qué forma? También los «hubots» necesitan energía para la extracción de los metales.

Frances sacudió la cabeza.

—Sus astronaves no usan energía eléctrica, Bruno —dijo.

El joven se estremeció.

—Entonces… —dijo y, espeluznado, no se atrevió a completar la frase.

—Usan la energía humana, Bruno —dijo la joven—. Continuamente desaparecen personas a las que no se ve jamás.

—¡Demonios! Usar a los hombres como en los tiempos faraónicos.

—La materia prima es abundante, reconócelo así, Bruno.

—Es cierto —concordó él. De repente la soltó y se puso en pie—. Estaba pensando una cosa. ¿Cómo supo Ce Tres que yo tenía esas pastillas? No, no está bien dicho. Lo correcto es: ¿cómo supo que fue Siete Ka el que me las había proporcionado?

—Posiblemente, el «hubot» cometería algún error. O quizá se dieron cuenta de tu resistencia a la hipnosis y decidieron investigar al encontrarse ante un caso tan extraño para ellos. Cribando cuidadosamente, llegarían al culpable. Siete Ka en este caso.

—¡Pobre! —se condolió el joven—. De no tratarse de un drama, sería para reír. Le encasquetaron en el cuerpo de un infeliz anciano reumático y con asma. ¡Menuda broma!

—Olvídalo. A fin de cuentas, es un «hubot».

—Sí, claro, pero sus pastillas me sirvieron de mucho. Oye, voy a

hacerte una pregunta.

—Sí, Bruno.

—El primer día que nos conocimos, ¿recuerdas? Mencioné el nombre del profesor Van der Veydn y tú hiciste un gesto de extrañeza.

Frances sonrió levemente.

—Se comprende. El profesor Van der Veydn es uno de los miembros más destacados de nuestro grupo de resistentes.

Bruno abrió una boca de a palmo.

—¡Rayos! ¡Pero si él no me dijo nada!

—Estábamos esperando a que hubieras concluido. No podíamos arriesgarnos a que, por un medio u otro, los «hubots» te sacaran la verdad de lo que sucede.

—Comprendo. Pero ahora soy un fugitivo. Si me descubren aquí... ¡Escucha! Me había olvidado de una cosa. Levántate, te lo ruego.

Frances estaba sentada en el diván y, aunque muy extrañada, obedeció, poniéndose en pie. Bruno se inclinó, buscando debajo del almohadillado.

Unos segundos después blandía triunfalmente con la mano derecha una pistola radiónica.

—La dejé aquí el día en que destrocé los tres aparatos. Se la había arrebatado a un «hubot» de los que murieron en el jaleo.

Frances sonrió.

—Siete pistolas más desaparecieron en aquel embrollo. Las tenemos nosotros.

—Vaya —exclamó él, sinceramente admirado—. No os perdéis una, ¿eh?

—Luchamos contra el invasor, eso es todo. Y con todas nuestras fuerzas.

Bruno atrajo a la joven hacia sí.

—Aquella noche te estuve esperando en vano. Ahora nos hemos reunido finalmente y ya no volveremos a separarnos jamás.

Ella le ofreció sus labios.

—Así sea, Bruno.

A la mañana siguiente, Bruno despertó en el diván, pero no por su voluntad, sino porque acababa de sonar la campanilla del visófono.

Fue a dar el contacto, pero se le anticipó Frances, que ya se había vestido.

—Déjame, no es conveniente que conozcan tu presencia aquí.

Bruno asintió. La joven estableció el contacto.

—Habla la señora Colman —dijo.

—¡Frances! —exclamó una voz—. Huye, pronto. Alguien del grupo nos ha traicionado y varios de los nuestros han sido aprehendidos por los «hubots». ¡Date prisa o no tendrás tiempo de escapar!

CAPÍTULO IX

Chain se colocó la pistola radiónica disimulada bajo la blusa. Luego tomó el brazo de la joven.

—Frances, sobre todo, serenidad —dijo—. Recuerda que yendo conmigo no te puede pasar nada, ¿estamos?

Ella sonrió valerosamente. Estaba pálida, aunque no desanimada.

—Lo sé, Bruno —dijo.

Salieron de la casa a la calle. El aspecto de ésta era normal.

—¿Adónde vamos, Bruno?

—¿Sería posible reunirnos con algunos de tus amigos?

—Ahora andarán huyendo. Tendría que hacer unas cuantas llamadas para concertar una reunión, Bruno. Y quizá no se llegase a celebrar.

—Bien, de acuerdo. Haremos esas llamadas un poco más tarde. Ahora, lo que más nos conviene es alejarnos de aquí.

Caminaron dos centenares de metros. De pronto, la muchacha se estremeció.

—Mira, Bruno.

Un aparato de vigilancia de los «hubot» acababa de posarse en el suelo, junto a la esquina más próxima. Media docena de individuos

saltó al suelo, con las manos en las culatas de las pistolas, contemplando atentamente los rostros de los viandantes.

—Vamos por el otro lado —dijo él.

No pudieron. Un segundo aparato acababa de posarse en el suelo junto a la acera opuesta. Y un tercero se situó en el centro de la calle, con el fin de que sus ocupantes pudieran examinar las caras de los que viajaban en automóvil.

Bruno se mordió los labios. Volvió la cabeza, divisando a cien metros a sus espaldas una escena similar.

—Estamos bloqueados. Seguramente tienen nuestras fotografías o, por lo menos, la mía.

Frances le miró angustiada.

—¿Qué haremos, Bruno?

El joven meditó unos instantes.

—Vamos. Creo que se me ocurrirá algo para salir del paso.

Cogió de nuevo el brazo de Frances y reanudaron el camino.

Delante de ellos, en la acera, seis «hubots» formaban una especie de cedazo, cribando a cuantos iban y venían. No hablaban con nadie ni tampoco se movían apenas, pero sus ojos vigilaban atentamente a todos los transeúntes. Permanecían estáticos, casi absolutamente inmóviles, con la mano derecha puesta sobre la culata de la pistola radiónica.

Bruno y Frances fueron acercándose a la barrera. La muchacha estaba nerviosísima, a pesar de que trataba de disimularlo.

De repente, uno de los «hubots» reconoció al joven.

Extendió su mano derecha hacia Bruno, a la vez que comunicaba algo a sus compañeros en aquel extraño lenguaje, de tan chirriantes tonalidades.

Bruno se concentró. Emitió una orden.

(—Yo no soy el que buscáis. Está cerca de la Gran Plaza del Universo. Te has equivocado.)

El «hubot» detuvo el paso. Sacudió la cabeza, muy extrañado.

Se volvió hacia sus compañeros y les habló de nuevo. Uno de éstos pareció enojarse con él.

Bruno y Frances pasaron tranquilamente a través de la barrera. El joven continuó manteniendo la tensión de su mente, con el fin de seguir el engaño hasta el último extremo.

De pronto, su mente captó el influjo de otra de gran poder

psíquico.

—Frances —dijo en voz baja.

—Sí, querido.

—Mira con cuidado a derecha e izquierda. Alguien está tratando de influenciar mi cerebro. ¿Ves a alguna persona sospechosa?

La muchacha miró a derecha e izquierda.

—No, Bruno.

—Debe estar situada en algún lugar desde el cual no podemos verla.

De pronto, la mano de Frances se crispó sobre su brazo.

—Bruno, nos están enfocando con un objetivo de televisión.

—¿Desde dónde?

—El aparato que está en el centro de la calzada. El objetivo gira a medida que caminamos.

—Entonces es que esa persona nos está observando a través de la pantalla. Ven.

Y de modo brusco, hizo volverse a la muchacha, disponiéndose a atravesar la calle.

—Por lo visto, estiman más prudente seguirnos y averiguar hacia dónde nos dirigimos.

—Sí, Bruno, pero ¿te das cuenta que vamos a pasar junto a los «hubots»?

Bruno sonrió enigmáticamente.

—Precisamente lo hago por eso mismo, querida. No tengas miedo. ¿Ves? Yo mismo me pongo a fumar tranquilamente, como si no sucediera nada.

Para cruzar la calle, habían aprovechado una solución de continuidad en el tráfico, proporcionada por la luz roja de un semáforo. Bruno se había colocado en la boca un cigarrillo y empezó a buscar los fósforos en su bolsillo.

Encontró la caja cuando pasaban por delante del aparato. Sacó uno, lo encendió y después de acercar la llama al extremo del pitillo, lo arrojó contra el aparato.

El gesto resultó completamente natural. El fósforo todavía encendido chocó contra la proa del vehículo, el cual empezó a arder de inmediato con una vivísima llamarada blanca, de una luz deslumbrante.

Los «hubots» gritaron, al mismo tiempo que corrían espantados

en todas direcciones. Se produjo un gran tumulto.

El fuego se propagó al resto del aparato en pocos instantes. Diez segundos después de haber lanzado Bruno el fósforo, el artefacto era una masa de metal ardiendo, que despedía un insoportable calor en torno a él.

Los «hubots» de ambos lados de la calle se quedaron desconcertados por aquel suceso, ciertamente inesperado para ellos. Bruno y Frances simularon pavor y terminaron de cruzar la calle a la carrera, llegando a pocos pasos del otro aparato.

Los «hubots» de éste no les prestaron atención. Tenían la vista fija en el aparato que ardía, el cual, en pocos minutos, quedó como una masa de metal calcinado.

Bruno miró a la muchacha y le guiñó un ojo. Todavía tenía el cigarrillo en la boca.

Sacó otro fósforo. Un segundo más tarde, el otro aparato ardía furiosamente, en medio de la alborotada consternación de los «hubots», que no sabían a qué achacar tan extraño fenómeno.

Mientras se alejaban de aquel lugar tan revuelto, Bruno comentó:

—En cierta ocasión dije que lo difícil era averiguar el punto débil de los «hubots». Me parece que ya lo hemos conseguido.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella.

A lo lejos, la calle era un hervidero de gente, que rodeaba las dos masas de metal calcinado en que se habían convertido ambos aparatos.

—A lanzar un mensaje al mundo —dijo él muy serio.

Y Frances se lo quedó mirando, sumamente extrañada, temiendo que los acontecimientos de los últimos tiempos hubiesen afectado la mente de Bruno.

Media hora más tarde, penetraban en el edificio donde estaban instalados los estudios de una de las emisoras de radio y televisión más potentes. Lanzando órdenes mentales, junto con las verbales, para no hacerse demasiado sospechoso a los posibles espectadores de la escena, Bruno consiguió ser conducido al despacho del director.

—Soy el capitán Chain —dijo—, y deseo lanzar un mensaje que sea oído por todos los habitantes de la Tierra.

El director de la emisora le miró estupefacto.

—Usted no está bien de la cabeza, capitán —respondió—. Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Mi emisora no tiene potencia suficiente para...

—Me basta con una sola emisión —expresó el joven firmemente —. Las demás emisoras repetirán la noticia. Haga que traigan inmediatamente un micrófono a este despacho. No quiero hacerme demasiado visible en los estudios.

La última orden fue impartida con la mente, a la vez que hablaba. El tono sarcástico del director fue sustituido por uno de respeto y obediencia.

—Desde luego, capitán. Al momento.

El director se inclinó hacia un intercomunicador y dio unas instrucciones. Minutos después, unos operarios entraban con lo pedido.

Los técnicos montaron el micrófono, conectándolo a la red de emisión. Cuando todo estuvo listo, uno de ellos dijo:

—Adelante, ya puede usted hablar cuando quiera, capitán.

Bruno sonrió. Situándose frente al micrófono, dijo:

—Atención todo el mundo, atención, muy especialmente a todas las emisoras de radio. Escuchad lo que tiene que deciros un ciudadano de la Tierra que se ha sublevado contra el inhumano dominio de los «hubots». Atención, emisoras de radio. Grabad este mensaje mío y repetidlo continuamente: la lucha contra los «hubots» ha comenzado. No son tan poderosos como se creía. Tienen un punto débil: el metal de sus naves. Basta una cerilla para incendiarlas en el acto. Muy posiblemente, el metal que cubre la mayor parte de sus cuerpos sea también de la misma clase del de las naves. Luchad contra ellos, luchad y conseguiremos expulsarlos para siempre de nuestro planeta.

De repente, la puerta de la estancia se abrió y un individuo irrumpió en la misma con expresión de pánico pintada en su rostro.

—¡Los «hubots» vienen hacia aquí! —exclamó, aterrorizado.

—Calma —ordenó el joven—. No son invencibles, repito. Yo mismo he tenido ocasión de comprobarlo.

—Mira, Bruno —exclamó Frances—. Un aparato está maniobrando para situarse frente a la ventana.

El joven se volvió rápidamente. Podía haber abatido al aparato

con el poder de su mente, pero no quería fatigarse a menos que fuese totalmente necesario. Metió la mano bajo la blusa y sacó la pistola radiónica.

Un segundo después, el aparato caía en llamas a la calle desde una altura de sesenta o setenta metros. Sus ocupantes se estrellaron contra el pavimento con sordo ruido.

En aquel momento se oyó un gran tumulto por los pasillos de la emisora. La puerta saltó y media docena de «hubots», todos ellos armados con pistolas radiónicas irrumpieron en la estancia.

Uno de ellos, con divisas de teniente en el pecho, apuntó al joven.

—¡Entréguese en el acto, capitán Chain! —ordenó.

Bruno emitió una orden mental.

(—¡Tiren todos las armas, pronto!)

Los «hubots» obedecieron en el acto, con gran asombro de los presentes.

—Recojan esas armas y utilícenlas cuando lo crean oportuno.

Los empleados de la emisora se pelearon por hacerse con una pistola radiónica. Bruno emitió otra orden mental.

(—¡Media vuelta, «hubots»! ¡De frente!)

Los «hubots» obedecieron mecánicamente. En aquel momento, uno de los operarios quiso comprobar de visu las palabras del joven.

Sacó de su bolsillo una caja de fósforos, encendió uno y lo arrojó contra el metal que cubría la espalda de uno de los «hubots».

El metal ardió en un santiamén, con flamígero resplandor. El «hubot» lanzó un agudo chillido y cayó al suelo, ardiendo furiosamente. En pocos segundos quedó reducido a cenizas. Un espantoso hedor se esparció por el ambiente.

Los restantes «hubots» se sintieron atacados por el pánico y echaron a correr alocadamente. Desde el despacho, Bruno oyó un enorme alboroto.

Sonaron voces coléricas y en medio de un gran estruendo de golpes y garrotazos, los chillidos de los «hubots» sobresalían en medio del tumulto, pero no tardaron mucho en acallarse.

Un individuo entró en la estancia. Sonreía satisfecho.

—Los hemos liquidado a todos, capitán.

El director de la emisora miró al joven estupefacto.

—¿Qué clase de hombre es usted, capitán Chain? —preguntó—.

En pocos momentos ha logrado lo que ninguno de los habitantes de la Tierra en cuatro años.

—Un poco de suerte solamente —respondió Bruno sonriendo. Señaló el micrófono—. ¿Puedo repetir el mensaje?

—Por supuesto. Y ojalá lo escuche todo el mundo —manifestó muy esperanzado el director de la radio.

Bruno se acercó al micrófono. Frente a él, uno de los técnicos, con los auriculares puestos, se dispuso a controlar la emisión.

Cuando el joven se disponía a hablar, el técnico levantó la mano.

—¡Un momento, capitán!

Manipuló en los controles durante unos instantes. Al cabo, levantó la vista.

—Lo siento, capitán —dijo con voz grave—. ¡Los «hubots» acaban de cortar el fluido eléctrico!

Un hondo silencio se expandió por la estancia. De pronto, alguien exclamó rabiosamente:

—¡Ahora también durante el día! ¡Malditos!

Bruno agarró a Frances.

—Vámonos. Esto se pone más serio que lo que esperaba. ¡Adiós, director!

Los dos jóvenes echaron a correr. Mientras salían y a intervalos diferentes, fueron encontrando por los suelos los restos de los «hubots» que habían sido linchados por el indignado personal de la emisora.

En la calle, que hervía de excitación, Frances se detuvo.

—¿Adónde vamos, Bruno?

Los rumores de la gente semejaban el continuo mosconeo de una colmena en actividad. Por encima de sus cabezas, los aparatos de los «hubots», en mayor número que nunca, patrullaban incesantemente.

—Se han dado cuenta de que nuestra rebelión ha comenzado y procurarán aplastarla por todos los medios disponibles. Oye, ¿dónde solíais reuniros ese grupo de amigos?

Ella captó inmediatamente la intención del joven.

—Tienes razón. Ellos fueron detenidos en sus casas. Alguno pudo escapar y es muy probable que haya ido a esconderse al lugar de nuestras reuniones.

Cogiéndole de la mano, Frances echó a correr en dirección a la

entrada más próxima del ferrocarril subterráneo.

—Pero —dijo Bruno asombrado— los trenes no circularán.

—Ven —insistió ella.

Descendieron la escalera, luchando con la gente que pugnaba por salir a la luz del día. Los empleados del ferrocarril habían encendido las luces supletorias a base de petróleo, mas aun así, la iluminación dentro del subterráneo era muy deficiente.

Bruno se apoderó de uno de los faroles sin el menor escrúpulo. Uno de los empleados quiso impedírselo, pero bastó que el joven le diera una orden mental, para que el hombre cesara automáticamente en sus protestas.

Alumbrándose con el farol, los dos jóvenes emprendieron la marcha a pie por el túnel.

CAPÍTULO X

En completo silencio, Bruno miró uno por uno los rostros de las diez o doce personas que tenía frente a sí.

La mayoría eran hombres, pero había también, aparte de Frances, dos o tres mujeres. Aquéllos eran los supervivientes del grupo primitivo que se había constituido para luchar contra los «hubots».

—Lo interesante —dijo el joven— es encontrar el lugar donde tienen el interruptor general. Si podemos encontrarlo y anular sus esfuerzos, habremos dado un gran paso hacia la victoria final.

—Supongamos que lo encuentra usted, capitán —dijo uno de los presentes—. ¿Qué haría en tal caso? ¿Destruirlo?

Bruno se frotó la mandíbula. Su cerebro funcionaba intensamente.

—Me imagino que ha de estar muy bien protegido. Pero se me ha ocurrido una idea que quizá pudiera dar efectos.

—¿Cuál? —preguntó otro.

—Saldré de aquí y destruiré el conjunto de edificios desde el cual controlan el planeta. Es casi seguro que el interruptor general debe hallarse en uno de los prismas.

—¿Cómo piensa hacerlo, capitán?

—Olvida usted que los «hubots» han desarrollado en mí una poderosa fuerza mental de la que antes carecía. Me será, pues, sumamente fácil apoderarme de uno de sus aparatos y luego incendiarles los edificios con una simple cerilla.

Hizo una corta pausa.

—Todavía quedarán muchos, muchísimos «hubots», los cuales no se resignarán así como así a perder lo que para ellos es un suculento manjar. Pero al llegar a la Tierra, cometieron un grave error. Se limitaron a anularnos, suspendiendo el suministro de fluido eléctrico. Todo el armamento defensivo está intacto. Hay miles y miles, millones acaso, de proyectiles guiados por ondas de radio, ninguno de los cuales ha sido tocado. Si les impedimos que nos corten la electricidad, nuestras naves podrán volar, los trenes circularán a cualquier hora, las emisoras de radio podrán emitir órdenes e instrucciones… Será un estado de guerra durante algún tiempo, pero al cabo los «hubots» tendrán que marcharse o perecer. Les hemos demostrado que no son invencibles y este hecho tan sencillo, para unos seres que se creyeron que nada ni nadie podía derrotarlos, tendrá que afectarlos mucho, a la larga.

—¿Cuándo piensa partir usted, capitán?

Bruno consultó el reloj.

—Mañana, en cuanto amanezca, me apoderaré del primer aparato «hubot» que vea por ahí. Entretanto, ¿conoce alguien este lugar?

Los conjurados se miraron unos a otros.

—Sí, naturalmente, todos los que fueron hechos prisioneros.

—Entonces nos dispersaremos inmediatamente. Estoy seguro de que los prisioneros no hablarían de por sí, pero los «hubots» les obligarán a hacerlo. Y no se les podrá reprochar esa supuesta traición, porque habrán sido forzados mentalmente a delatarnos. Ahora todos ustedes procurarán dirigirse a otras casas de distintos amigos que no sean las suyas propias y esperar allí el momento de actuar. Mantengan en sus domicilios el interruptor de la luz permanentemente abierto. Así sabrán que he destruido el control de los «hubots», porque la luz volverá y —añadió Bruno con acento de esperanza— con ella la paz y la libertad que perdimos con la llegada de los antihombres.

* * *

Agazapados a la salida del subterráneo, Bruno y Frances, cogidos de la mano, esperaban.

Las calles, a pesar de ser ya de día, estaban absolutamente desiertas. Como si la gente presintiese algo, nadie había salido de sus casas, esperando el ansiado momento de lanzarse al combate contra los «hubots».

Sonaron unos pasos lentos, rítmicos. Una docena de «hubots», fusiles radiónicos en ristre, desfilaba lentamente por el centro de la calzada, mirando aprensivamente en todas direcciones.

Bruno empujó a Frances por los hombros, haciéndola aplastarse contra el suelo. Esperaron allí, con los nervios en tensión, hasta que el rumor de los pasos se hubo perdido en la lejanía. Subieron las escaleras rápidamente y otearon en todas direcciones.

Bruno tenía la pistola en la mano. En caso preciso, hubiera empleado la mente, pero no quería agotarse antes de tiempo. Tenía que usarla en otras cosas más importantes que detener una patrulla de «hubots».

—Espera aquí —dijo.

Salió fuera, al nivel de la calle. El cielo tenía un tinte rojizo hacia el este. El silencio era absoluto y espeso.

De pronto, Bruno captó el tenue zumbido de un aparato. Miró en la dirección de donde procedía el sonido. En lo alto divisó el blanco chispazo de un artefacto de vigilancia.

Éste era el momento de utilizar los poderes de su mente. Se concentró durante unos instantes.

El aeromóvil perdió altura rápidamente. Asustada, Frances corrió hacia el joven, pero al llegar a su altura, se detuvo, observando su expresión concentrada. Prudentemente, se abstuvo de intervenir, aunque, por un incontenible sentimiento maternal, secó con un pañuelo el abundante sudor que brotaba de la frente de Bruno.

El aparato se detuvo a poca distancia. La puerta se abrió y seis «hubots» salieron con paso rígido de su interior.

(—Todos vosotros, cara a la pared.)

Los «hubots» obedecieron mecánicamente.

(—Seguiréis ahí hasta que os lo diga y no os moveréis bajo

ningún concepto.)

Después de emitida esta orden, se permitió aflojar la tensión de su mente. Volviéndose hacia la joven, sonrió:

—Y ahora —dijo—, vamos a asestar el golpe definitivo a los «hubots».

Cuando estuvieron dentro del aparato, Frances preguntó:

—¿Qué es lo que vas a hacer, Bruno?

—¿Qué sucede cuando un cuerpo se queda sin cabeza, querida?

Ella se estremeció.

—¿Significa eso que piensas atacar su Centro?

—Exactamente. Ahora deja que me concentre de nuevo.

Obedeciendo al fantástico poder de su mente, el aparato se remontó. Bruno deseó hallarse ya sobrevolando el conjunto de edificios y de repente, el panorama se tornó una mancha confusa.

Frances exhaló un grito de asombro. El «hubot» piloto de la nave había dejado conectada la pantalla visora, con el resultado de que todo se divisaba con gran detalle.

El aparato descendió en el centro del patio. Había en él numerosos «hubots». Bruno los paralizó, proyectando una descarga mental en círculo.

—Nunca debieron haberlo hecho —comentó apagadamente, refiriéndose a los formidables poderes psíquicos que los «hubots» le habían conferido.

Era un espectáculo curioso ver a centenares de «hubots» rígidos en el patio, inmóviles como estatuas, paralizados por la acción mental del joven. Bruno saltó a tierra, seguido por la muchacha.

—Ven conmigo —dijo.

Frances le acompañó, sintiendo tanto temor como curiosidad. Pero tenía aún más miedo a quedarse sola.

Caminaron tranquilamente, atravesando las filas de los «hubots», sin que éstos hicieran el menor gesto hostil contra ellos. Para prevenir posibles ataques, Bruno, en pocos segundos, «paseó» su mente por el interior de los edificios, paralizando a todos sus ocupantes.

Llegaron al pie de un prisma que mediría unos cincuenta metros de altura. El metal de que estaba construido refulgía esplendorosamente con los primeros rayos del sol.

Bruno sacó la caja de fósforos y se la entregó a la muchacha.

—Toma, enciende uno y arrójalo contra el muro.

Ella retrocedió un paso.

—¡Bruno! —exclamó espantada.

—¡Qué! ¿No te atreves? Recuerda, la suerte de cinco mil millones de personas está en tus manos.

Las últimas palabras convencieron a la muchacha. Frances tomó la caja y encendió un fósforo y lo arrojó acto seguido contra el muro.

En el primer momento no ocurrió nada. Sólo se vio una especie de chispa blanca en el lugar donde había tocado la llama de la cerilla. Repentinamente, el fuego empezó a propagarse.

Sin saber cómo, Frances se sintió izada por los fuertes brazos del joven. Éste hizo un esfuerzo y se alejó de allí, usando el poder de su mente, de un modo directo, sin utilizar el aparato que les había traído hasta aquel lugar.

En menos de cinco minutos, el Centro se convirtió en una gigantesca antorcha. Todos los edificios quedaron destruidos en poco tiempo.

—Bien —dijo Bruno, dejando, a Frances en el suelo; se había detenido a una distancia conveniente del grupo de edificios que ardía furiosamente, despidiendo un gigantesco resplandor—, esos «hubots» ya han recibido lo suyo.

Se equivocaba.

Cuando llegó la noche, cesó nuevamente el suministro de fluido eléctrico.

* * *

Bruno y Frances se paseaban por la ciudad con aire melancólico.

La amenaza de los «hubots» era más patente que nunca. Pese a la destrucción de su centro de control, los aparatos de vigilancia, en mucho mayor número que otras veces, sobrevolaban la ciudad continuamente, vigilando sin cesar el suelo que tenían bajo ellos.

La gente se había enterado de la destrucción del Centro y, por unos momentos, se había llegado a creer que la liberación era un hecho. Pero la aparición de numerosas naves «hubots» había disuadido a los más contumaces de toda veleidad de rebelión.

—No lo entiendo —murmuró el joven. Habían pasado cuarenta

y ocho horas desde la destrucción del Centro y todo seguía igual—. Debía haber cesado toda actividad de los invasores y, sin embargo, míralos, más numerosos que nunca y laboriosos como hormigas.

—El interruptor general que tú supones existe no estaba allí —observó Frances—. Es lógico que lo tengan bien custodiado o, mejor dicho, bien guardado en algún lugar supersecreto, ¿no crees?

Bruno se golpeó la palma de la mano con el puño.

—Sí, pero ¿dónde?

—Quizá el profesor Van der Veydn pudiera sugerirnos algo al respecto—indicó ella.

Bruno sacudió la cabeza.

—¿Qué va a decirnos el hombre? Déjalo, no lo comprometamos.

—Entonces, ¿piensas abandonar?

—¡No! Jamás, eso nunca —respondió él con vehemencia—. Esos «hubots» me confirieron unos poderes fenomenales y pienso emplearlos en provecho de las gentes de este planeta.

—Todo eso me parece muy bien —suspiró Frances melancólicamente—, pero ¿cómo, Bruno, cómo?

En aquel momento, un aparato de patrulla se posó en el suelo, a corta distancia de la pareja. De modo subconsciente, el joven observó en uno de los flancos del mismo una especie de abolladura de pequeño tamaño.

Dio dos pasos más. De pronto, se detuvo. Sus ojos brillaban como los de un loco.

—Frances —murmuró muy bajito.

Ella le miró asustada.

—¿Qué te sucede, Bruno?

—Aguarda un instante. Me parece que he cogido ya el extremo bueno del hilo.

Y, sin más, se volvió hacia los «hubots» con aire decidido.

Como de costumbre, los «hubots» habían descendido del aparato y, con las armas radiónicas prevenidas, miraban recelosamente a todos aquellos que pasaban por sus inmediaciones.

Bruno les dio una orden mental, dejándolos quietos en el mismo sitio. Acto seguido se acercó al aparato y estudió la abolladura.

Apoyó el pulgar en el metal y apretó. El metal cedió ligeramente.

Miró a Frances, que contemplaba intrigada las operaciones que

realizaba el joven.

—Ya lo tengo, querida. En cierta ocasión, me sucedió algo parecido.

—¿Qué es ello, Bruno? No acabo de entenderte.

—Por el momento, no es necesario que me entiendas. Ahora ya sé dónde está el interruptor general, el aparato que controla todas las fuentes de antienergía, no sé si me entiendes.

—Esto último, sí, pero lo anterior…

Bruno la tomó por el brazo y echaron a andar rápidamente.

—Busquemos una tienda donde vendan aparatos eléctricos.

—¿Aparatos eléctricos? Bruno, por el amor de Dios —exclamó ella llena de angustia—. ¿Estás bien?

—¡Ya lo creo! ¡Como que vamos a anular el poder de los «hubots» y, esta vez, te aseguro que no habrá fallos de ninguna clase! Ven, sígueme. Vamos a actuar de una vez para todas.

Poco más tarde encontraron una tienda donde se expendían los aparatos mencionados. El dueño miró a Bruno como si estuviese en presencia de un demente y más cuando el joven le explicó sus deseos. El tendero sacudió la cabeza.

—No sé, no sé —dijo con aire dubitativo.

—Vamos, hombre —le acució Bruno—. ¿No le gustaría a usted poder vender como antes de la llegada de los «hubots»?

—Hombre, claro… Mi negocio ha sido uno de los más perjudicados.

—Pues entonces, écheme una mano y le garantizo que a la noche podrá usted encender el rótulo de neón que tiene fuera como muestra de su tienda.

* * *

Bruno y Frances esperaron a que el dueño de la casa contestara a la llamada del timbre. Pronto se haría de noche y en el cielo el sol lanzaba sus últimos destellos.

Los ojos del profesor Van der Veydn brillaron al ver a la pareja.

—¡Bruno, muchacho! ¡Caramba, qué bien acompañado vienes! ¡Señora Colman, no sabe cuánto me alegro de verla, sobre todo después de lo que nos pasó con los «hubots»!

—Muy amable, profesor —contestó la muchacha, cruzando el

umbral, seguida de Bruno.

Van der Veydn les condujo hasta la salita, ofreciéndoles asiento. Esto fue lo único que tomaron Bruno y Frances, porque ambos, a dúo, rechazaron la invitación de beber que les formuló el profesor con gran amabilidad.

Van der Veydn se fijó en la gruesa cartera de cuero que Bruno llevaba en las manos, pero no dijo nada. Sentándose frente a ellos, dijo:

—Y bien, ¿qué les trae por mi casa?

—Profesor —dijo Bruno—, creo que ya está usted enterado de que los «hubots» desarticularon la organización que algunos valientes montaron para combatir al enemigo.

—Así es, en efecto. Algún traidor los delató. ¿Se sabe ya quién es?

—Todavía no, profesor, aunque me imagino que pronto lo sabremos —respondió Bruno. Abrió la cartera y sacó de ella un extraño artefacto.

—¿Qué es eso, muchacho? —preguntó Van der Veydn, muy extrañado.

—Un simple electroimán, construido con un trozo de barra de hierro curvado en «U», en cuyas ramas rectas se ha enrollado una determinada cantidad de alambre de cobre. Está activado por dos pilas secas de medio voltio cada una. Poca cosa, como usted puede ver, pero que, sin embargo, puede crear en torno a él un campo de fuerza electromagnética suficiente para mis propósitos.

—¿Qué es lo que piensas hacer con el electroimán? —preguntó el profesor.

Bruno miró a la muchacha.

—¿Quieres encender la luz, por favor? Pronto no se verá ya y quiero comprobar mi teoría.

La muchacha obedeció. La lámpara del techo se encendió al instante.

—Según mis cálculos, faltan ya solamente cinco minutos para que los «hubots» apaguen la luz. Esperemos.

Y acto seguido maniobró en un interruptor que ponía en funcionamiento las pilas secas que activaban el electroimán.

Van der Veydn se levantó.

—Iré a prepararos un poco de café, muchachos.

Dio dos pasos hacia la salida. Entonces, Bruno sacó de debajo de su blusa la pistola radiónica y encañonó al profesor con el arma.

—Profesor —dijo—, vuélvase.

Van der Veydn obedeció. Sus ojos expresaron claramente el asombro que sentía.

—¡Bruno! ¿Por qué me amenazas con el arma?

El joven le miró fijamente.

—Siéntese, profesor —ordenó—. Esperemos los tres juntos el momento del apagón.

—Pero…

—¡Siéntese! —ordenó Bruno con sequedad. Sin mirar a la muchacha, dijo—: Frances, hunde el pulgar en esa mesita que tienes delante.

Frances obedeció. Bruno seguía mirando al profesor.

—Así que usted fue el traidor… o un «hubot» que había tomado el aspecto y el nombre del profesor Van der Veydn para mejor pasar desapercibido, ¿no es eso?

El rostro del profesor se contrajo con furia mal reprimida.

—Estás diciendo tonterías, Bruno. Yo…

—Quítese la blusa, profesor —le ordenó el joven—. ¿O prefiere que se la quite yo con mi mente?

Van der Veydn obedeció lentamente. Su habitual expresión plácida y afable había sido sustituida por otra de odio infinito.

Frances lanzó un gemido al ver las placas metálicas que cubrían el torso de Van der Veydn. Bruno sonrió satisfecho.

—Falta solamente un minuto. Si mi hipótesis es correcta, la luz seguirá encendida. La energía eléctrica continuará funcionando y entonces dispondremos de nuevo de nuestras armas para combatirles a ustedes, los «antihombres». Profesor, o como se llame, el reinado de los «hubots» sobre la Tierra se ha acabado ya.

Bruno hizo una pausa un poco larga. El tiempo transcurrió y la luz continuó encendida.

—El electroimán que he construido —dijo— influencia el interruptor general con el cual usted suprimía la luz y la energía eléctrica de un solo golpe, profesor, generando un campo de fuerza paralelo y del mismo signo. Es un axioma fundamental en la física: electricidades de distinto signo, se atraen. Electricidades del mismo signo se repelen. Y este electroimán y su interruptor tienen la

electricidad del mismo signo, por lo que su aparatito no puede funcionar, al ser repelido por el campo de fuerza generado por mi electroimán. Sencillo, ¿no?

Los ojos de Van der Veydn fulguraban de cólera.

Bruno continuó:

—Ya se les ha acabado explotar la Tierra. Ahora tendrán que huir o morir. Volverán al lugar de donde vinieron, pero el que se salve pasará siglos vagando por el espacio antes de regresar a su planeta.

»Ya no dispondrán ustedes de los motores mentales que, por medio de una especie de superlevitación, transportaban a sus naves hasta Betelgeuse en un cortísimo espacio de tiempo. Alardeaban de poseer una mente superior, pero debieron recurrir a los cerebros de los humanos de la Tierra, quizá no tan superiores, pero sí infinitamente más poderosos, bien desarrolladas sus facultades, que los suyos.

»De este modo, los desgraciados a quienes se confiaba el poco agradable papel de mover la cosmonave con su mente, se agotaban en pocos viajes y morían de una manera horrible. Pero, ¿qué les importaba a ustedes que un terrestre muriese a los cinco o seis viajes? Los «motores» humanos sobraban en la Tierra; había cantidades inagotables; el planeta era, para ustedes, no sólo una mina de los metales más preciados para su raza, sino también de cerebros.

»Trataban de cansarlos lo menos posible, empleando aleaciones superligeras en sus naves. Cometieron un error: emplear demasiado magnesio. Creyeron que no se descubriría nunca, pero no debieron subestimar nunca la inteligencia de una raza que ustedes consideraban inferior a la suya.

»Bien, profesor —concluyó Bruno—, esto se ha acabado ya. Humano o «hubot», hombre o «antihombre», su dominio sobre nosotros ha cesado desde este momento.

Le apuntó con la pistola. De súbito, Bruno sintió que un dardo de fuego le atravesaba el cerebro.

Cayó de espaldas, convulso, jadeante, sin fuerzas para nada. El electroimán se le escapó de las manos, lo mismo que la pistola radiónica.

Van der Veydn sonrió con aire de superioridad.

—Todavía tenéis que aprender mucho de nosotros los terrestres. Es cierto que utilizábamos vuestros cerebros, pero no porque fueran más débiles que los nuestros, sino porque no queríamos consumirlos estérilmente, teleportando las cosmonaves a través del espacio. —Lanzó una carcajada—. Bruno, has sido muy astuto y confieso que has estado a punto de vencerme. Pero no debiste perder tanto tiempo hablando. Esto te ha sido fatal. ¡Mira, yo también sé levitar las cosas!

La pistola radiónica se levantó en el aire, encaminándose hacia la mano del supuesto profesor. Van der Veydn la cogió y apuntó con el arma a Bruno.

—Y ahora —dijo con sádico acento—, ¡adiós, amigo mío!

Van der Veydn cometió un error. Ocupado en paralizar la mente del joven, había olvidado que Frances estaba allí.

Mientras el profesor hablaba, la muchacha, procurando mantener su serenidad, buscó la caja de cerillas que Bruno le diera días atrás. Disimuladamente, sacó una, encendiéndola en el preciso instante en que Van der Veydn se disponía a apretar el gatillo de su pistola radiónica.

El «hubot» lanzó un chillido al ver el fogonazo de luz blanquísima que estallaba frente a él. La mesita de metal ardió en un santiamén.

Un chorro de llamas alcanzó las ropas del profesor y a las placas de metal que éste llevaba debajo. En un instante, Van der Veydn se consumió, en medio de gritos desgarradores, que cesaron bien pronto, no obstante.

Bruno se levantó, sintiéndose torpe todavía. Frances se le arrojó en sus brazos.

—¿Estás bien, querido? —preguntó anhelosamente.

Bruno acarició los cabellos de la muchacha.

—Gracias a ti, Frances —dijo.

Permanecieron unos momentos callados, estrechamente abrazados, sumidos en un hondo silencio.

De pronto, Frances lanzó una exclamación. Cogiendo la mano del joven, lo arrastró hacia la ventana.

—¡Mira, Bruno!

Era de noche. Pero había luz. La ciudad parecía un ascua de fuego.

Un clamor de júbilo general llegó hasta sus oídos, atenuado por la distancia. Bruno sonrió, estrechando a Frances fuertemente entre sus brazos.

—La pesadilla se ha acabado —murmuró—. Ahora, vamos a buscar y destruir el interruptor, para que nunca más falte la luz en nuestro mundo. —Bajó la vista y la miró, sonriente—: Ni en nuestros corazones, querida.

—Sí —suspiró ella, apretándose aún más contra el pecho de su amado.



Lea nuestras colecciones:

- ARIZONA
- ESPACIO
- SEIS TIROS
- HAZAÑAS BÉLICAS
- RUTAS DEL OESTE
- RELATOS DE GUERRA

Los mejores especialistas en novelas de acción. Todas las gamas de la violencia, la intriga, el misterio, tratadas con el más depurado estilo y la más palpitante realidad.

Publicaciones quincenales.
Precio: 7.- pesetas.

Best-Sellers del Oeste

Los temas más sugestivos tratados por escritores que conocen aquellas lejanas tierras y muchos de los cuales descienden de los pioneros que edificaron, sobre un mundo de violencia y dureza, una nueva tierra próspera.

Best-Sellers del Oeste

Las situaciones más emocionantes, al lado de las escenas más llenas de humanidad. Una humanidad a veces truculenta y primitiva, propia de una raza que tuvo que crear su propia patria a base de puñetazos y disparos.

Publicación semanal. * $ Precio: 15.— pesetas

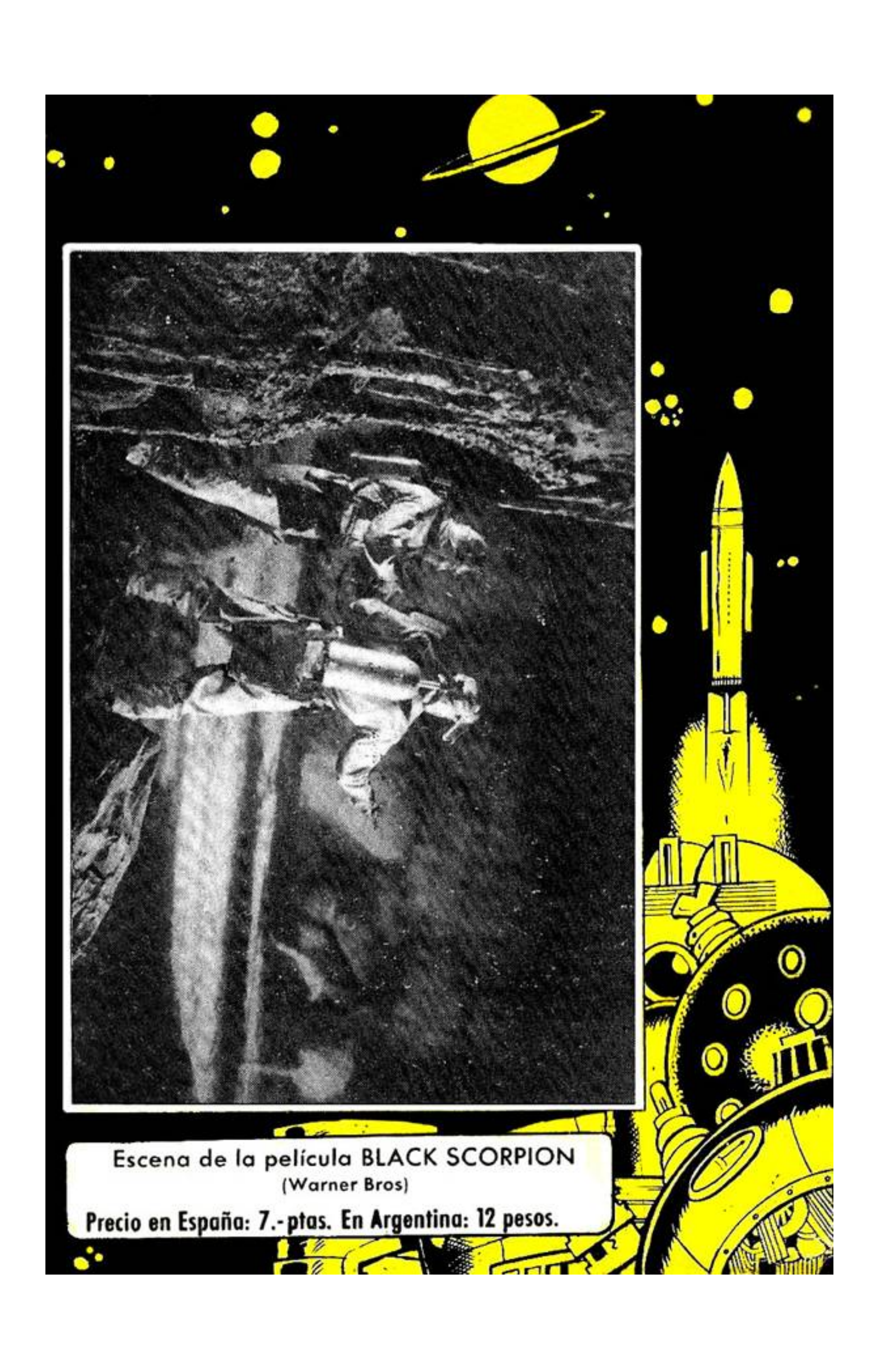
Los seres más insospechados, las situaciones más emocionantes, las guerras cósmicas más crueles. Todo ello podrá vivirlos si adquiere nuestra colección
ESPACIO EXTRA

Los grandes misterios del cosmos, las grandes guerras de los mundos. ¿Cómo será nuestro planeta dentro de mil años?... Leyendo nuestra colección
ESPACIO EXTRA

podrá visitar con la imaginación los extraños mundos que pueblan el espacio.

ESPACIO EXTRA
Publicación quincenal.
Precio: 10. - pesetas.

250. — Los habitantes del sol. — Peter Dean.
251. — Avanzadilla cósmica. — Roy Silverton.
252. — Células de muerte. — Clark Carrados.
253. — ¡Soy de otro planeta! — Johnny Garland.
254. — Alucinosis. — Law Space.
255. — Remolino en el cielo. — Clark Carrados.
256. — Obsesión. — Clark Carrados.
257. — Encrucijada cósmica. — Law Space.
258. — Más allá del infinito. — Peter Dean.
259. — Geo-2. — Law Space.
260. — Safari en Venus. — Johnny Garland.
261. — Doctor Space. — Johnny Garland.
262. — Los atlantes. — Johnny Garland.
263. — Extraños entre nosotros. — Johnny Garland.
264. — Otra dimensión. — Johnny Garland.
265. — ¡Viaje a lo imposible!—Johnny Garland.
266. — El espejo de la tierra. — Johnny Garland.
267. — Museo del espacio. —Johnny Garland.
268. — Simbad viajó a las estrellas. — Johnny Garland.
259. — Los supercivilizados. — Johnny Garland.
270. — Extraña metrópoli. — Johnny Garland.
271. — Llovido del cielo. — Clark Carrados.
272. — Siete... y la eternidad. — Johnny Garland.
273. — Fantasmas en Alfa-Seis. — Johnny Garland.
274. — Los antihombres. — Clark Carrados.



Escena de la película BLACK SCORPION
(Warner Bros)

Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 12 pesos.